



1 742837ITH

2 - 742841

3 - 16331

4 - 742844

5 - 547938

Biblioteca Nacional



329463

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación:

9/63-28



Año:

C:

SYS:

9/63-28)
FANTASÍAS

HUMORÍSTICAS

742837
POR

PEDRO N. CRUZ.



SANTIAGO DE CHILE

—
IMPRESA DE P. CADOT, HUÉRFANOS 25.

—
1881

FANTASIAS
HUMORISTICAS

PEDRO N. CAJON



SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA DE P. CAJON, HEREDERO

1881

A Don

VICENTE CORREA ALBANO

*le dedico estas FANTASÍAS HUMORÍSTICAS.
Si me traen honra, quiero dársela a él
en agradecimiento de lo mucho que le
debo.*

PEDRO N. CRUZ.

Santiago, 29 de Agosto de 1881.

A Don

VICENTE CORREA ALBANO

En dicho caso, FANTASIA HENRIETTA
Si me tiene honra, quiero decirle a ti
en agradecimiento de lo mucho que te

debo

Hago a las 12

San Juan, 20 de Agosto de 1871

PRÓLOGO.

Muchos extrañarán que me haya servido de la fábula mitológica, puesto que no es conforme al uso. El uso es norma de la elocucion únicamente. En la composicion i el estilo, no debe el escritor obedecer a otro mando sino al de las reglas inmutables de la belleza. Será, pues, buena la fábula elejida para adornar la obra si, junto con darle interes, ayuda la exposicion de las ideas i abre al autor el campo que necesita.

PRÓLOGO

Muchos estudiantes que me han escrito
vuelo de la fábula mitológica, puesto que
no es conforme al uso. El uso es norma
de la elocución únicamente. En la com-
posición i el estilo, no debe el escritor
obedecer a otro mandado sino al de las
reglas inmutables de la belleza. Pero
pues, buena la fábula elegida para abor-
tar la obra si, junto con darle interés,
ayuda la exposición de las ideas i abre
al autor el campo que necesita.

Et sermone opus est, modo tristi, sæpe jocosus,
Defendente vicem modo rhetoris, atque poetæ,
Interdum urbani, parcentis viribus, atque
Extenuantis eas consulto.

HORACIO SAT. X. L. I.

Menester es que el satírico se muestre ya serio, ya festivo; que hable unas veces como el orador i otras como el poeta; i que, imitando en ocasiones al hombre de mundo, mida sus fuerzas i cautelosamente las encubra.

It is a very common mistake to suppose that the
history of the world is a mere record of
events and persons, without any attempt to
explain the causes of the events.

HOMERUS, I. 1. 1.

There is a great deal of truth in the saying that
the history of the world is a mere record of
events and persons, without any attempt to
explain the causes of the events.

FANTASÍAS HUMORÍSTICAS

LA VISITA A LAS MUSAS.

Fabio i Emilio.

FABIO.

Pareces, Emilio, un viajero recién llegado. ¿De dónde vienes?

EMILIO.

Del Parnaso.

FABIO.

¿Tanto has bebido?

EMILIO.

¿No me crees? Pues no he de contarte ninguna de las maravillas que he visto. ¡I cuántas i cuáles eran!

FABIO.

Lo que te dije fué pura broma: nunca he dudado de tu palabra.

EMILIO.

Harto puede la curiosidad.

FABIO.

I tanto que si luego no me lo cuentas, me voi. I no digo mas.

EMILIO.

Escucha. No te enfades.

Vino a verme Máximo el poeta. La visita me dejó exánime. ¡Tres cuartos de hora apaleado con el turjente seno, los desengaños prematuros, la flor del valle, el no sé qué i el mas allá! ¡Tres cuartos de hora con el manso i cristalino arroyuelo, i los pintados pajarillos que me atormentan desde el dia en que nací!

Et exspectes eadem a summo minimoque poeta. (1)

(1) Véase el Apéndice al fin del artículo.

Me mordía de rabia. Preferiría que, en una noche de invierno, me arrancaran al suave calor de mi lecho i me tirasen desnudo a un pantano.

FABIO.

No hablaria de otro modo una de esas mujeres que se hacen de las melindrosas. Si se encuentran en una situación desagradable, prefieren el infierno. Poseer lo que les gusta es estar en el cielo. ¿No llega tan pronto lo que han pedido? Las quieren matar. Al ver una culebra, gritan como si las estuviesen degollando. I no acaban de preguntarse: «¿Por qué, Dios mio, seré así? No se imaginan lo que padezco.»

¿Te has olvidado, Emilio, de la filosofía?

EMILIO.

Acudí a ella cuando, pasado el primer ventarrón, volví a enderezarme. Ya serenado, me dije: ¿qué hace el arco de Apolo? ¿Cómo consienten las Musas que tanto reptil pretenda tocar las estrellas? He de averiguarlo en el Parnaso mismo.

Sin perder tiempo me puse a reflexionar. El sistema de Dédalo me parecía bien, con algunas pre-

cauciones para que la cera no se derritiese; sin embargo, mas me inclinaba al de Icaromenipo.

En esto, sin saber cómo ni por dónde, se abate sobre mí una águila, me coje i se remonta. No supe mas hasta que, como si despertase de un sueño, me ví tendido a orillas de una fuente en una montaña. Todo confuso i temeroso me levanto, i ya iba a soltar la voz a inútiles clamores, cuando descubro al Pégaso que estaba bebiendo un poco mas arriba. ¡El Parnaso! exclamé, i agradecí interiormente a Júpiter que me hubiese cumplido el deseo. Me lavo, me compongo i échome por aquellas espesuras en busca de las nueve hermanas. Las encuentro i, tras de unos árboles, me detuve a ver lo que hacian:

Caliope, con semblante melancólico, limpiaba el mohó a la trompa épica.

A Clío la ví como sepultada en una inmensa cantidad de documentos públicos i privados: grandes legajos de cartas inéditas, partes i notas oficiales, reales cédulas, actas i decretos. Noté que no abria la boca.

Terpsícore ensayaba una danza que habria alborotado a José mismo o, cuando ménos, a Hipólito, i lo principal de ella consistia en mostrar, con la mayor gracia i ajilidad, lo mas que se pudiera de

los encantos secretos. Es de advertir que cada minuto se paraba a leer cartas amorosas.

Polimnia miraba tristemente un vaso de agua azucarada que tenia delante en una mesita.

Talia i Melpómene, dormitando.

Erato, en traje nada decente, perseguia mariposas.

A Uranía la divisé en un observatorio que se habia arreglado en unas rocas.

Euterpe templaba un instrumento.

Vendíome un tosido i hube de presentarme. Como cuando están las hermanas reunidas en la sala, bordando unas, cosiendo otras i otras leyendo reclinadas con descuido, mientras que los niños juegan en la alfombra, si entra a deshora un joven amigo a visitarlas, súbito se enderezan i cuál acude al vestido, cuál al peinado i cuál se sale con disimulo i, al poco rato, vuelve sonriéndose i arreglada con sencillez; así las Musas al verme.

Pregunté por Apolo. Erato me contestó que andaba de *pater Sol*; pero que no tardaria en llegar, porque la Noche habia pasado con direccion al oriente. Con mucha cortesía me pidió que me sentase mientras tanto, asegurándome que gustarian mucho de conversar conmigo.

Por cierto que no me hice de rogar. Me tocó al lado de Calíope, quien, mirándome con maliciosa

sonrisa, me preguntó si prosperaban las bellas artes en mi patria.

—Por extremo, le respondí. Hai Academias de pintura, escultura i música. De los poetas no hablo: esos brotan espontáneamente por donde quiera. Pero lo que da mas esperanzas es la decidida voluntad de la nacion para proteger las artes: i si no fuese por aquel mucho dispendio i aquella inacabable escasez de recursos, quedarian borrados los Leones i los Médicis i los artistas nadarian en la abundancia. Ahógueme diez veces en ese mar si exajero.

—¿I los resultados de las Academias?

—Desbordan la medida del deseo, respondí a Calíope. Ya tenemos un hombre que hace estatuas. Hai cuatro compositores de música i se inspiran en la fuente mas pura i desconocida: en el movimiento de los piés. Pintores habrá hasta seis o siete, i lo que mas me gusta en ellos es que son despreocupados, independientes, que eso se les da de Minerva. Cuanto a nuestros poetas, hai en sus obras un sello de grandeza que arrebatara. Dios, la Naturaleza, el Cielo, el Mar, eso rueda en sus manos. A las veces descenden a solazarse con ojuelos asesinos i se entregan al usado llanto. No habria rio mas caudaloso que el que tuviese sus fuentes en los ojos de los malos poetas.

—«Tu patria tiene ya el espíritu calculador i la razon bien lastrada del hombre que baja la vida, me dijo Calíope como con lástima. I sábelo: el que no sea niño no llegará hasta nosotros. Por eso en las antiguas repúblicas hubo tanta tierra fecunda para el laurel amado, mientras que ahora las cimas del arte aparecen cada vez mas distantes i menores, como monte que se allana.

«La falta de comunicaciones, la trasmision oral de las noticias, el lucro despreciado i relegado a cierta clase, el fanatismo supersticioso primero i despues la fe sencilla, todo avivaba la imaginacion i mantenía el alma en perpetua infancia. Vino el progreso. La ciencia iluminó la realidad; la electricidad, el vapor i la imprenta, no permiten que la fantasía juguete en las penumbras del rumor; el comercio enciende la execrable sed del oro en corazones de yesca, i la razon, hinchada de orgullo como un advenedizo, desprecia la fe, se rie de los símbolos i se atreve a mirar de frente al Creador. La imaginacion ha engordado como el hombre sedentario, i ya vuela mas alto el buitre recién comido.

«La edad madura, metódica i juiciosa, siente relámpagos de vida juvenil al recordar sus mocedades. Así el espíritu en las viejas naciones; pero ni eso tiene la tuya. Fué colonia. De la barbárie saltó

a la civilizacion. No sabe lo que es infancia. ¿Dónde muestra tu historia al guerrero campeador, al trovador amoroso,

*Le donne e i cavalier, gli affanni e gli agi,
Che ne' nvogliaba amore e cortesia?*

para hablarte en los términos de aquella Aguila, que fué tan niño como el niño que, sonriéndose, echa un velo a su madre i al punto la teme. El sol de la tarde no dora en tus campos aquellas ruinas que contemplaron tanta tragedia en tan diversas edades. ¿Dónde se ven los palacios, siempre soberbios, que han encerrado diez jeneraciones? No hai en tus anales esos rincones oscuros a donde la imaginacion se complace en llevar su luz fugaz i vacilante. Tus tradiciones i leyendas no salen del camino estrecho i vulgar de la india amorosa i el conquistador aventurero.

«I cuando así no fuese, mortal, i cuando así no fuese, ¿qué esperanzas puede abrigar el arte en una nacion donde el amor desinteresado al estudio solo obtiene las alabanzas compasivas que se prodigan a las bondades de la mujer fea? Ahí reina el ganador de dinero. Enriquecido, corre a la ciudad. Levanta un palacio. Su nombre es el primero en la benefi-

cencia que da al pobre los frutos de la vanidad. Los políticos le ofrecen honores, inteligencia, prestigio, i él les abre agradecido su bolsa. Todos se empujan alrededor del oro, i como él los ve en torno de su persona, se sonrie satisfecho. De sprecia lo que ignora i ya es un sabio.—«Sin letras he llegado hasta aquí, exclama, ¿de qué sirven las letras?—¿I sabes tú lo que son las letras? ¿Tienes alma racional?—Sofismas, sofismas. Bien sé lo que digo. Los libros no sirven mas que para afeminar al hombre, lo llenan de vanidad, i quitándole la aptitud para trabajar, lo dejan hundirse en la miseria. Pintura, a lo ménos eso se vende. Música, para la diversion. ¡Libre Dios a mis hijos de tal peste! No serán literatos; pero sabrán ganar dinero.» I los necesitados aplauden. Primero hundirás un puñal en el bronce que la verdad en semejantes cabezas.

«¡Si pudieses decirme que en la juventud hai esperanzas! Nada, nada. Admiran con entusiasmo lo vulgar, i los eternos modelos de belleza les dan sueño. Miralos en las reuniones: ya, como moscas en miel, se enredan en galanterías empalagosas con mujeres que los encuentran de grande ingenio i cortesía, ya, graves como un toro viejo, abren la boca para dejar caer necias opiniones. Fuera de ahí, solo se ocupan en el sastre i la muchacha. Frívolos, pre-

suntuosos, ignorantes. Por consiguiente, discurren sobre todo. El necio es el mas racionador de los hombres. Como el caracol arrastra la concha, así él la que llama su razon natural. Al menor amago se recoje dentro, ciérrase i que la penetren.

«Añade a esto el egoismo, la indolencia de tus conciudadanos i comprenderás que si les nace algun jenio, será como los árboles que suelen verse en los patios de las fábricas, raquíticos, desnudos con un puñado de hojas en la copa, que se alargan inútilmente para sobresalir a las elevadas paredes que lo ahogan.»

Las palabras de Calíope me abrumaron. Enmudecí i lo mismo las Musas. Pero como el silencio iba ya causando embarazo, me volví, para distraerlo, a Clio i le supliqué con mucho ahinco que me dijese por qué no despegaba los labios. Condescendió i habló de esta manera:

—«Los historiadores no me dejan hablar: sólo dejan hablar a los hechos. ¿No ves cómo me tienen? ¿Qué es la historia para estas ratas de los archivos, sino coser con gruesa aguja los montones de papeles que ves a mi alrededor? Mira como revuelven librerías i encorvan la frente cubierta de sudor sobre amarillos legajos. ¿Qué buscan? No los turbes: van a dar al mundo grandes lecciones de experien-

cia, averiguando el paradero de tres soldados merodeadores, a quién perteneció un viejo trasto que existe en el museo, o en qué terminó una cuestioncilla de etiqueta oficial que mascaron tres días los ociosos. ¿Lo descubrieron? Hélos ahí mas ufanos que si acabasen de escribir un Tiberio de Tácito. I entre los párrafos de la carta inédita, i las citas del antiguo cronista. i el acta, i el decreto, dicen con ingenuidad encantadora: «Dejemos hablar a los hechos: dirán las cosas mejor que nosotros. No queremos violentar el juicio del lector». ¿I de dónde tanta modestia? ¿De dónde sino de que los hechos no les dicen nada? Antes entenderán los graznidos del cuervo que la voz de los hechos. Tambien dice el mal pintor: Dejemos hablar a la naturaleza, i coje el pincel i resulta un cuadro que no será sino una fotografía. El cráneo de un buel mueve el alma mas que tales obras. Mas la instruye el inventario de una casa vieja.

«El pintor que educó su alma a la sombra del Parnaso, extrae de la naturaleza lo bello i esta belleza es la que produce en el lienzo, significándola por el mismo torrente, los mismos árboles i nubes. De igual modo el historiador en su esfera. No muestre los hechos como signos de sí mismos, sino de un orden de causas superior i vasto: el progreso de las

ideas, las inclinaciones de raza, las pasiones, el influjo de los jénios que aparecen como brillantes meteoros que ocasionan tempestades. Que a sus solas inquiera el historiador hasta los menores detalles de la verdad, para no deducir del error; pero que una vez la estatua en alto, la deje en el preciso pedestal, i haga desaparecer los cables, estacas i poleas.

«¿I porque dejan hablar a los hechos, piensas tú que no pretenden estos ganapanes de la historia desentrañarle la filosofía? Te engañas; es de lo que mas presumen i zurcen a intervalos reflexiones i sentencias. Ahí cosechan a manos llenas en el campo de la vulgaridad, tan estéril para los verdaderos ingenios i tan fecundo para los espíritus apocados. ¡Con qué intenciones de filosofar, con qué arrugado ceño hablan de la civilizacion, del porvenir de los pueblos, de la constitucion de las repúblicas! ¡Cómo esparcen aquí i allá pensamientos breves i profundos, ni mas ni ménos que si se les cayesen de la mano! ¿Pue qué, si juzgan acerca de las medidas adoptadas por un gobierno? De estos escritores hai algunos tan zahoríes que, cuando tratan de una expedicion desastrosa, principian diciendo que, al formarla, no se tomó en cuenta esto ni aquello, por donde precisamente debia perecer, i al narrar el fracaso, exclaman: «Sucedió lo que habíamos previsto.»

Interrumpió a Clio la llegada de una ninfa en extremo apetecible i de mui pícaro mirar. Avisó ésta a las Musas que Apolo las esperaba a comer en la otra cima del Parnaso. No me valieron excusas i tuve que acompañarlas. Llegados al lugar del banquete, me presentaron a Apolo i a los convidados, que eran algunos de los mas famosos poetas de la antigüedad: Homero, Horacio, Virjilio, Esquilo, Sófocles. Erato (i a esta musa le estoi mui agradecido, porque me atendió como ninguna) le dijo al Crinado que ciertos asuntos me traian a verle. Quiso el dios que luego los expusiese; pero ya multitud de vaporosas viandas cubrian la mesa, el hambre apuraba i se dejó para despues de la comida, cuando hubiese más espacio. Poco mas tarde llegó Orfeo.

Al principio era de ver el órden i compostura. Los poetas servian a las Musas con extremada solitud i gracia. Los Ganimédes no se movian. Aquí conversaban de artes, allá de ciencias, acullá de las grandes obras del ingenio humano, i yo todo oidos para recojer hasta la menor sílaba que saliese de tan sublimes bocas. Cuando sea ocasion mas oportuna, te referiré, Fabio, lo que oí.—¿Hai noticias de la tierra? preguntaron a Apolo.—Nada pude ver, respondió: se nubló desde mui temprano hasta ahora.

Como en la mitad del banquete, pidieron a Orfeo

lo que se supone. Sin mas cojió el instrumento. Todos callaron.

A las primeras notas me subió un frío erizador que, al llegar a los párpados, me exprimió lágrimas. Cerré los ojos. Soltáronse los nervios lentamente i quedé vagando en un pensar indefinido, como si fuese llevado en aquellos vapores tan tenues que flotan a lo léjos en las noches de luna. ¡Qué hechizo es el tuyo, oh música, que hace gozar dando tristeza! La poesía, que se cierne como el águila sobre cuanto abarca el ojo i la mente, la pintura i la escultura, que animan lo inerte, concentran el alma en creaciones ajenas; tú, oh lira del cielo, la envuelves en uno como crepúsculo i la dejas que cambie a su sentir las inciertas sombras, como ve el niño en las nubes de la tarde sus ansias i sus temores.

Sin pensar abrí los ojos i ¡horror! quedé helado. No supe dónde me hallaba. ¿Cómo describir el espectáculo? Leones, osos, serpientes, fieras inauditas, aves sin número. Las peñas se acercaban rodando, los árboles arrastraban las raices, i no se sentía el volar de una mosca. El agua dormida; el viento quedo. ¿Has visto algun cuadro de la creacion? Por él te podrás imaginar lo que nos rodeaba.

De repente quedó Orfeo atento sin moverse, co-

mo la tímida jóven soñadora que, paseándose a la luz de la luna en una avenida solitaria, siente que algo se rebulle entre las hojas secas.

—¿No oyen? nos preguntó.

Escuchamos i nada.

—Me pareció, dijo, i se disponia a continuar cuando se oyó mui a lo léjos el grito de las Bacantes: ¡Evoe! ¡Evoe!

—¡Ellas son! exclama Orfeo.

Arroja la lira, corre a esconderse bajo de la mesa i decia temblando i con la lengua enredada:

—Defendedme. Son ellas. ¡Eurídice! ¡Eurídice!

—Orfeo, le dijo Apolo con mal ceño, sal fuera. Bien sabes que no pueden llegar hasta aquí.

I todos le decian lo mismo; pero fué inútil.

Los animales comenzaron a moverse. Un leon dió un gran bostezo i sacudió la crin. Las ovejas miraban por dónde escapar. Los lobos advirtieron que habia ovejas. Las fieras que la naturaleza hizo enemigas, se miraban mutuamente. Un tigre no me quitaba los ojos. Pero ninguno se movia, que habria sido la señal, i si Apolo no le manda a Orfeo que salga a continuar el canto, so pena de privarlo para siempre de la voz, ni los muros troyanos habrian contemplado confusion mas espantosa. Obedeció Orfeo i una vez que terminó la música, Apo-

lo le dijo a Pan que hiciera sonar el caracol. Pan llegaba en ese momento a buscar unas ovejas que le atrajo la lira. Despues que las aseguró, llevóse el caracol a los labios i con el espantable sonido aterrorizó a los animales que no quedó ninguno.

Restablecida la calma, pues no dejó de haber alguna inquietud entre los convidados, continuó el banquete. Con el primer servicio desapareció el estiramiento. Llovian dichos agudos. Los Ganimédes no se daban punto de reposo. Las ninfas sirvientes andaban de un lado a otro, como criados de fonda. oyendo lo que se les pedia i sin servir a nadie, Echóse entónces de ver que habia pocas mujeres i se lo advirtieron a Apolo. Ya era tiempo. Aristófanes estaba frente a mí sin compañera i, cada vez que pasaba junto a él una ninfa, le tiraba el vestido a hurto de los demas.

Sonrióse el Crinado bondadosamente, recomendó la moderacion i envió a llamar a Safo, Mirtis, las tres Corinas, Aspasia, Frine, Lais, i algunas Galateas i Lálajes.

Fueron recibidas con salva de aplausos. Disputas para la reparticion. Voces roncadas unas, ensordecedoras otras. Copas i botellas quebradas. El vino inunda la mesa. Apolo da puñetazos para dominar el tumulto; pero nadie le oye. Gritos de las muje-

res. Vestidos desgarrados.—¡Silencio!—¡Oigan!—¡Cada uno a su lugar!—¡Mas consideracion a las Musas!—¡Homero i Virjilio se retiran!—¡Que se vayan i al diablo, si quieren!—¡Qué nos importa!

A todo esto, yo aun todavía estaba ayuno, porque, por comedirme a servir a las Musas, nadie habia hecho cuenta de mí. En el alboroto, pues, aproveché la ocasion i, separándome a un lado, me regalé a mi sabor i vacié hasta seis grandes copas, que ahora me espanto cómo no rebose de vino. Con esto i el ejemplo me nacieron brios no acostumbrados; pero no me estaba bien el olvidar quiénes los otros eran. Por dicha divisé que pasaba por entre unos árboles la ninfa del aviso. Me escurro disimuladamente i la alcanzo. Luego nos entendimos.

Tomárala por la mano

I llévomela a un verjel.

A pocos pasos habia una gruta deliciosa. Ibamos a entrar, cuando ¡oh dolor! me siento arrebatado por los aires. Era el águila, ¡maldito animal que no me soltó hasta dejarme donde me ves!

APÉNDICE.

Et exspectes eadem. «I con estas mismas vulgaridades te maltratará el poeta mas encumbrado como el último de todos.» Juvenal, Sat. I.

El sistema de Dédalo, con alas de cera. *Icaromenipo*. Da este nombre Luciano al filósofo Menipo, a quien hace viajar por los aires con una ala de buitre i otra de águila.

Las nueve hermanas. Calíope, musa de la poesía heroica. Clío, de la historia. Terpsícore, del baile. Polimnia, de la oratoria. Talía, de la comedia. Melpómene, de la tragedia. Erato, de la poesía amorosa. Urania, de la astronomía. Euterpe, de la música.

Le donne e i cavalier. «Las damas i los caballeros, los trabajos i los dulces ócios movidos por la cortesía i el amor.» Dante, Purg. C. 14.

Los Ganimédes. Los coperos. Ganimédes, copero de Júpiter.

Las Bacantes. Sacerdotisas de Baco, a quien invocaban con los gritos de *Evoé, Evoe*, que quiere decir *bien para él*. Despedazaron a Orfeo porque no quiso acompañarlas en sus orjías

Pan. Divinidad campestre. Apacentaba ganados. Estrechado en una playa por sus enemigos, cojió un caracol i, soplando en él, lo hizo sonar tan horriblemente que los perseguidores huyeron a perderse. De ahí el *pánico* o terror sin causa.

Safo, Mirtis, las tres Corinas, célebres poetisas griegas. *Aspasia, Frine, Lais*, cortesanas famosas también griegas. *Galateas i Lálajes*, doncellas imaginarias de los poetas.

Tomárala por la mano. Son versos del Roman-cero.

EL JUICIO DE MINOS.

EMILIO.

Al atravesar una senda, ví que por ella venia mui de prisa un tropel de jente. Esperé que llegaran i a los primeros pregunté para dónde iban. Al infierno, al infierno, me contestó precipitadamente uno, sin pararse ni volver la cara, como responde el que va atrasado a una cita i lo detienen importunos. Bueno es el lugar pensé, para apurarse tanto. Picóme la curiosidad i me uní a la turba. Al poco rato quisiera salirme; pero ántes se pararía el que rodó cerro abajo. No hubo mas sino hacer buen ánimo i dejarse.

Llegamos a la ribera de un ancho rio, tan árida i sola que apretaba el corazon. No me cupo duda de que era el Aqueronte, i mas cuando ví al viejo piloto que venia a buscarnos. Sin cuidarse de gritos i ayes, principió a embarcar las almas. Apénas puse el pié en el esquife por nada zozobra. Caron dió una gran voz: ¡Este se ha venido con el cuerpo! ¡Fuera! ¡Fuera! I corrió hácia mí lanzando de sus ojos de brasa sulfúreas llamaradas.

Me postré de rodillas a sus piés, contéle la aven-

tura, i le rogué que no me dejase abandonado; quizá en el infierno encontraria yo quien me llevase a la tierra. Caron se ablandó i me dijo:

—Mal hiciste en juntarte con éstos sin averiguar quiénes eran i sírvate de experiencia. ¿Traes el óbolo?

Le dí una joya que valia mucho mas. Caron se la guardó.

—Para otra vez te daré el sobrante. Mas, primero que te pase, has de jurarme por la Estijia, obtener el título de médico i ejercer la profesion.

Se lo juré con toda mi alma: así era de grande el aprieto.

—¿I cómo la ejercerás? preguntó Caron. Porque si te guias por el deber... Bien comprendes que de eso no tratamos, sino que has de imitar a los otros médicos, jente que me da a ganar mas óbolos que Marte mismo.

«El coche, continuó Caron, es de toda necesidad para tener muchos enfermos. Libros voluminosos, instrumentos de cirujía i esqueleto en la pieza. Modo desembarazado i un sí es no es indiferente, como dando a entender que, para tu profunda ciencia, las enfermedades son cosa de poco mas o ménos, magarié esté boqueando el paciente. Los anteojos ayudan mucho a discurrir con acierto.

«Si te llaman a ver un enfermo i no entiendes la enfermedad, circunstancia en que te hallarás mui amenudo, guárdate de confesarlo, sino que menea la cabeza: «¡Hum! Ya estoi. Sí. Es lo mismo.» Luego, volviéndote a los presentes, dirás que todos los dias se te presentan casos semejantes, porque parece que hai epidemia del mal, i que si poco mas se tardan en llamarte, la enfermedad habria tomado carácter peligroso. Propinas en letra endiablada, tanto de *aque fontis* o tal cosa, i dí, con ademan resuelto, que no eres médico de paños tibios, sino que tienes por sistema combatir de frente la enfermedad.

«Nunca te adelantes a descubrir la dolencia. Pregunta al enfermo qué siente. Responderá que le duele la cabeza, el pecho. Tócale entónces algun punto de la cabeza, del pecho, i dile si no es verdad que ahí siente un dolor que le incomoda. Contestará que sí i te tendrán por médico experimentado.

«Suele preguntar la enfermera si le podrian dar tal plato o aplicarle ciertos mistos de mucha virtud i probada. Despues de meditar breve rato, dile que sí en tales o cuales condiciones, que son las mismas que ella ha dicho.

«I en juntas, ¿qué harás?

—Despues de examinar al enfermo con aparato misterioso, le respondí, nos retiraremos a una pieza

a deliberar i moveré la conversacion sobre minas.

—¿Sobre minas? Ya, ya sé de dónde vienes, i soltó Caron una carcajada tan repugnante i grosera, que de solo recordarla me estremezco. Vamos, agregó. No se diga mas. Los dos ganaremos, i comenzó a remar.

Sin detenernos en la otra ribera, nos llevaron a la caverna de Minos. A una señal del terrible juez, Mercurio separó en grupos a los reos de un mismo delito i echó un grupo adelante.

—¿Qué son estos? preguntó el juez.

—Periodistas, respondió Mercurio.

—Muchos nos están viniendo, dijo Minos. Llegaos acá, bellacos. Pero que salga uno por todos para abreviar.

Miráronse los periodistas con caras tan espantadas como si les fuesen a quitar el empleo, i nadie queria salir. Por último, uno mas osado se acercó al juez, quien le dijo:

—Periodista me cuentan que eres, ¿i qué es ser periodista?

—Defender los intereses del pueblo contra los gobiernos tiránicos, enseñarle a aquél sus deberes, mostrar a la nacion la senda del progreso i estimularla a que la siga, esto es ser periodista, respondió

el que por tal se presentaba. El periodista es para los gobiernos la voz del pueblo i para el pueblo la voz de la razon. Amante de la libertad, desinteresado en sus propósitos, solo busca el adelanto de su patria. Por ella sacrifica el sueño i la tranquilidad, por ella arrostra la inconstancia de la plebe, el veneno de la ambicion i la ira del poderoso.

—¿No hai mas afeites? preguntó Mínos con mucha flema.

—¡Qué es eso de afeites! exclamó picado el periodista.

—¡Ménos arrogancia, don Capaneo, si no quieres que aquí mismo te mande descuartizar! gritó Mínos montado en cólera. ¿Crees que me engañas con el austero semblante del deber, como al vulgo que te mira a la dudosa luz de la ignorancia? Viéndote estoi el alma, mas repugnante que la cara de una vieja prostituta vista al sol. Vil instrumento de la ambicion, ¿cuál es tu voz del pueblo sino la del partido que te paga i con el cual esperas subir? ¿Qué es tu razon i tu justicia sino el interes de tu partido? ¿Qué tu libertad sino cortar unas cadenas para poner otras? Te desvelas, no por meditar en el progreso de la nacion, sino imaginando ardides con que engañarla. Como el comerciante malicioso que publica, oculta o cambia las noticias, segun el alza o

baja que traen, así tú con la relijion i sus doctrinas. ¡Por Júpiter! No sé cómo te sufro delante. ¡Quitádmelo de ahí.

No bien habia acabado, cuando brota de la tierra una lejon de diablos con tridentes hechos ascuas. Ensartaron a sendos periodistas i, con grande algazara, se los llevaron al fuego.

El grupo que siguió era de mujeres ya de años i doncellas, segun lo andaban diciendo, que siempre miraron con horror a los hombres. Adelantóse una i dijo con mucho desenfado:

—Supongo, Mínos, que no nos traerán para llevarnos al Averno, i suplicote que luego luego nos saquen de aquí, porque mucho nos está incomodando la fealdad de los demonios i el olor a azufre.

—¿I quién eres, señora mia? preguntó el juez.

—Una pobre mujer que pasé la vida alabando a Dios en el templo i pidiéndole su gracia. La caridad era mi ocupacion. No hablé sino para dar buenos consejos; no escüdriné vidas ajenas sino para corregirlas; no hablé del prójimo sino para mostrar los efectos de la maldad i del vicio i precaver a los incautos.

—¡Tate, tate! A mí con eso. No me llamo Mínos, ni seré el justiciero que dicen, si luego luego no vas a servir de leña, que así padecerán mas los

condenados. ¿Alabando a Dios, vida mia? ¡Bonita la manera! Mirabas a Dios como a un rei de este mundo: con no faltar a la corte, formar en su séquito, halagar a los ministros, mostrar, en público, celo por su servicio, creiste cumplir con los deberes que la religion impone. I sin un grano de virtud en el alma. El mal carácter, las inclinaciones viciosas, el descuido del hogar, crecian en tí como en un campo abandonado. ¿Ocupada en la caridad? Delante de testigos que lo publicasen. Mil veces te pidió el pobre limosna; pero como nadie te veía: «Perdone, perdone, le dijiste: no hai por ahora; el dinero en las nubes; no sé cómo me sostengo.» Habia, empero, de sobra para tus regalos i los de tu santo director. Maldecir del prójimo, enredar intrigas, impedir envidiosa la felicidad de los amantes, esa sí que era tu ocupacion. ¿Buenos consejos, corregir vidas ajenas? ¡Dónde salió la envidia i la curiosidad con tan buen seso! I en lo de mostrar los resultados de la maldad i del vicio, no me repliques. De ese disfraz te sirves mas que de ninguno para que pierdan su honra aquellos que miras con malos ojos. ¡Con qué celestial dulzura predicabas la sumision, la paciencia i la humildad! No era de esperar que a las primeras palabras de una justa advertencia, te volvieses con lengua de víbora irritada. ¿Quién no prefi-

rió despertar a la media noche con el interminable gañido de cien perros, ántes que oír tus lamentaciones por los vicios del mundo? ¡Fuera de aquí, hipócritas, que cubris al demonio con un velo divino! I al punto las ensartaron.

Sin que nadie lo llamase, se presentó un hombre que con gran jentileza i desenvoltura habló en estos términos:

—Nunca creí en otra vida o, si va a decir verdad, nunca pensé en ella. Encontrábala mui conveniente para sujetar en el órden a las mujeres i muchachos; pero no era lo mismo tratándose de uno como yo. Estoi en el mundo, me dije, i es preciso vivir conforme a él, i grande obstáculo es para vivir de esta manera el pensar lo que ha de ser de nosotros despues de la muerte. Porque a poco de internarnos en ello, aparecen ciertas reglas de conducta derivadas de consecuencias ante las cuales no podemos cerrar los ojos. Si confieso, reflexioné, las dichas reglas i no las practico, inconsecuente o loco me llamarán i seré despreciado. Si las tomo por norma, me he de ver en mil compromisos: menester sería meditarlas mas i mas, llevaríanme a buscar la relijion verdadera, a practicarla i defenderla; tendria que huir de la pompa i de los placeres del mundo, puesto que no me parecerian sino vanidad, todo lo cual seria

causa de mortificaciones, disgustos con los amigos, estudios áridos i qué se yo qué mas. No me podrás negar, buen Minos, que al que siempre está mirando la muerte i la otra vida, le acontece lo que a las personas no acostumbradas a ver cadáveres cuando han visto uno, que no hai cosa que bien les sepa mientras conservan memoria de él, i como si sintiesen la fetidez en todas partes. Vivamos, pues, saqué en conclusion, como lo pide el mundo, i quéde-se allá la otra vida si la hai, i me puse en esta duda para aliviarme la conciencia. No de otra suerte el que se recoje tarde de la noche, suele caminar silbando i con fuertes pisadas para ahuyentar el temor.

«Quedaba una dificultad: es menester aparentar algunas ideas fijas o principios, sin los cuales uno corre tanto peligro de espantar a la jente, como si me presentase desnudo en una reunion donde todos rivalizaran a cuál lucia mejor traje. ¿Qué hacer? I reparé en unos hombres que decian que la razon era su reina, i de no decirlo ellos, nadie lo habria sospechado, porque no hacian sino su voluntad bien corrompida. Los imito i, con todo sosiego, me dejo llevar por la concupiscencia. Me vendí por liberal, indiferentista, incrédulo, segun las circunstancias i, si eran mui difíciles i podia llegarme socorro por

ese lado, creía con la boca. Ya echarás de ver que los mayores enemigos de la razón son los que la reconocen por inmediata señora, como lo son de la justicia los abogados, de la libertad los liberales, de la prosperidad de las repúblicas los políticos, de la verdad los filósofos, de la franqueza los que no dicen palabra sin poner ántes;—«Soi i siempre he sido el hombre mas sincero. Nadie lo ignora; hablo con el corazón en la mano. Soi mui franco.» I es que no hai en ellos sino concupiscencia, lucro, ambición, vanidad, mentira i, para satisfacer sin peligro estos vicios i pasiones, no hai mejor modo que cubrirlos con una máscara bien abultada de la virtud opuesta.

«Esta máquina de reflexiones me tuvo al principio a mal traer; pero a fuerza de divertir el entendimiento, de acallar la conciencia, de disiparme en el torbellino del mundo, logré formar un denso velo entre ámbas vidas. I como las personas piadosas no transijian con este mi modo de ver, sino que siempre andaban tras de levantarme el velo, hube de hacerme su enemigo, mal de mi grado, porque me gusta vivir en paz con todos, cuanto mas que el día ménos pensado podemos necesitarlos.

«Has oido mi confesion. Ahora no puedo cerrar los ojos. Pero te juro que si en vida llego a saber

que realmente existe infierno, mui otra fuera mi conducta, i tal que nunca nadie me aventajara. Todo ha sido por no pensarlo, causa que, sin duda, borra el pecado, i espero de tu justicia que me lleven a los Campos Elíseos.»

—Me place tu buen discurso, exclamó el juez en tono festivo. ¡Por Proserpina! ¿Para qué creó Dios al hombre sino para calentarse a una buena lumbre en invierno, refrescarse en verano i gozar como i cuando pudiese? Pues qué, ¿importa que haya otra vida, en pasando bien la presente? ¿Nada valen acaso breves horas de mortificacion comparadas con una eternidad de gloria? Que tenga absorto al hombre si tal mujer lo amará o no, el éxito de un negocio, si perderá la estimacion de los amigos, es justo, natural i mui en razon; pero que reflexione que, segun su vida, lo pueden esperar castigos eternos, o eterno gozo, ¿cabe mayor locura? Bien hiciste, amigo; pero apostaste a mala carta. Mercurio, que me lo lleven a donde mas que en ninguna parte se sienta que hai infierno.

I así se hizo.

—Alléguese acá el de los ojos humildes i movimientos tímidos. ¿Quién eres?

—¡Oh rectísimo juez! respondió el llamado. ¡Oh sucesor de Astrea en el mundo i ahora su émulo en

los reinos de Pluton! Mírame, ves un cordero. ¿Quién no creeria loco al que, mostrando su vestido hecho jirones i el cuerpo ensangrentado, dijese: Tal me ha puesto un cordero? Así tan locamente me acusan. Pero tú, ¡oh sol de justicia!.....

—No sigas, vil hipócrita, no sigas, le interrumpió Mínos, o, sin arrancarte la lengua, te la haré cortar en pedacitos como la hoja del helecho. Fiel imájen del mundo, al aspecto eres todo paz, desinterés, abnegacion; pero que te abran i, como en un atahud reciente, solo hallarán gusanos que se disputan carne corrompida. ¿Qué hombre no engaña? Pero no como tú, monedero falso de la relijion. Si el mayor bien que puede obrar el hombre es ganar almas para el cielo, infiere cuál será la perversidad de tu crimen que las aparta de su fuente i de su fin. De igual modo, el que recibió moneda falsa desconfía de todas las que llevan el mismo sello, aun cuando sean del oro mas puro. Falsificadores son a sus ojos los que las poseen, i fábrica de engaños el lugar donde las acuñan. ¡A la boca de Lucifer, araña velluda, reptil inmundo, espectáculo mas asqueroso que el que muestra la fosa comun del cementerio a la hora en que se desvanece la sombra del ciprés, cuando tropeles de ratones se ceban en los cadáveres mal enterrados, mientras que otros vie-

nen escurriéndose a lo largo de las paredes i otros mas prudentes asoman el hocico, salen i corren a esconderse de nuevo!

—Vamos con aquél, dijo Mínos, i se referia a uno que estaba enteramente distraido de lo que pasaba.

Mercurio lo sacudió.

—Soy poeta, dijo con semblante reposado: atestiguanlo mis obras inmortales.

—No se trata de eso, repuso el juez. ¿Profesaste alguna religion?

—He creido en Dios, respondió el poeta: ahí están mis obras justamente encarecidas por la fama, que, en cada una de sus páginas, llevan grabado ese nombre sublime.

—¡I cómo retumba la tinaja vacia! exclamó Mínos. Creerás que soy alguno de los necios que te aplauden, o crédulo como una vieja. Pues sabe que veo la vanidad al traves de las mas espesas melenas i de las frases mas hinchadas.

«Las fuentes murmuradoras, continuó Mínos, los rayos de la luna que atraviesan el follaje, el aura embalsamada i fresca que da vigor i elasticidad a los miembros i, soplando en la frente, disipa los negros cuidados i trae al espíritu imágenes llenas de gracia i juventud, piden ninfas i sátiros lascivos.

El amor sonrosado pide una Vénus con el rapaz i sus flechas traidoras. El hogar doméstico, el techo paternal, los recuerdos de la infancia, piden lares i penates. Los remordimientos roedores i el mirar torcido del malvado, Furias vengadoras. La tarde en un horizonte sin límites; la tempestad que se avanza preñada de rayos i granizo en su carro sonoro; la bóveda estrellada de una noche serena; la roca que, con su inmensa mole, amenaza hundir el estrecho sendero que a sus piés ha abierto el hombre desde hace siglos, i precipitarlo todo en el torrente que muje allá abajo, eso pide un Dios. I ateos habrá que adoren a este Dios i creyentes que no le conozcan. No es éste el Dios que cantó el gran poeta de Florencia; no es éste el que llena el alma de sus fieles con esa paz i dulce alegría que prueban su bondad i misericordia infinitas, mas de lo que prueban su poder todas las maravillas juntas del universo. Ese tu Dios fué creacion de la fantasía. El placer fué el Dios de tu corazon.

El poeta encojió desdeñosamente los hombros, sacudió las crines i dijo:

—No eres capaz de comprenderme.

Dió Mínos la señal, i me espantó el destrozo que hicieron los demonios en cuerpo tan delicado.

—¿I éstos? preguntó Mínos por el nuevo grupo.

—Son los liberales, respondió Mercurio.

—¿Ellos son? Huélgome de mostrarles su casa, dijo el juez. Aquí no es menester interrogatorio: ya les sabemos el estribillo. I ordeno para desde aquí adelante, que no me los traigan mas al juzgado, sino que pasen derecho.

Siguieron personas de poca cuenta i quedé solo.

—¿I tú? me dijo el inexorable.

—Yo... yo... le respondí tan turbado que ni me ocurrió que no estaba bajo su jurisdiccion. Yo... algunas flaquezas... la juventud... las ocasiones...

—Te entiendo, me dijo Mínos disimulando una sonrisa.

Mercurio dió vuelta la cara i se hizo del que no habia oído.

—El mejor camino, prosiguió el padre de Pasifae, para bajar a bestia es imitarlas en lo que es mas propio de su sér. Pero tócalo, Mercurio, tócalo: me parece que se ha venido con el cuerpo.

—¡I en verdad que es así! dijo Mercurio: no habia reparado en ello.

—¿Qué maravilla es ésta? exclamó Minos.

Le referí mi desventura. Oyóme bondadosamente i, no sin que ántes me afease la imprudencia, dió orden a Mercurio que me llevase.

APÉNDICE.

Minos, rei de Creta. Por su justicia, lo colocó Júpiter a la entrada del Infierno para que juzgase a las almas. Iban éstas a los Campos Elíseos o al Averno, o Infierno propiamente dicho.

Aqueronte. Río que debían atravesar las almas para llegar al Infierno.

Caron era el barquero que las pasaba. Por el transporte, le pagaban un óbolo, moneda griega de poco valor.

Capaneo. Uno de los siete jefes que sitiaron a Tébas, orgulloso despreciador de la divinidad.

LA FORTUNA.

EMILIO.

Un dia se me apareció Mercurio. Díjome que Júpiter lo enviaba para llevarme a la Fortuna, i que escribiese lo que viera. Pasó de este modo:

Mercurio me llevó en volandas hasta una gran caverna por donde comenzamos a bajar. A obra de cuatro estados, ví que hácia nosotros venia un anciano de elevada estatura i rostro venerable.

—Aquel es Pluto, el dios de las riquezas, me dijo Mercurio.

Cuando nos acercamos a él lo suficiente, nos saludó con afabilidad i sencillez, e informado de nuestro viaje, volvió atrás i nos acompañó buen trecho conversando.

—¿Es cierto, Pluto, le dije, que en un tiempo favoreciste no mas que a los buenos?

—Eso fué en la edad de oro, me respondió.

—¿I por qué no dura?

—Porque el cielo se estaba llenando de jente buena, pero no virtuosa, como que la virtud no era probada. No habiendo interes en ser malo, nadie lo

fué. Resolvió Júpiter probar a los hombres i creó a la Fortuna, i yo que hasta entónces habia sido árbitro dispensador de las riquezas, a cada uno conforme las merecia, quedé como instrumento de la nueva diosa.

—Mira, Pluto, en la edad de oro, ¿cómo se entendian con las mujeres? ¿Cómo eran los amores? Si un jóven al ir a beber en un rio de miel o de leche, se encontraba con una muchacha que anduviese en lo mismo, ¿se trataban con las consideraciones de dos hermanos que han pasado mucho tiempo sin verse? Se me figura, Pluto, que no seria así, sino que él la miraria con sonrisa maliciosa, bajaria ella los ojos ruborizada, i por ahí se irian escurriendo hasta apagar la vela. ¿Todos los maridos podian calarse el sombrero hasta los ojos? No creo que Juvenal sabría mas que yo cuando dijo

Viderunt primos argentea sæcula moechos.

«¿Habia mozas de aquellas? I si las habia, díme qué les daban, puesto que no existia el dinero. Cuéntame de eso, Pluto, cuéntame.

—¡Qué niño! ¡Qué niño! exclamó el viejo disparando en una larga risa que medio me corrió.

Poco mas anduvo con nosotros i nos dijo el adios,

porque tenia que ir a brocear unas minas de no sé dónde.

—Encuentro en tí una rara cualidad, me habló mi guía: eres injenuo.

—¡Oh, Mercurio! le dije, si algo aborrezco en el mundo es la hipocresía. Mas, ¡ai! la sinceridad, como la paloma del arca en el mar sin límites, ve por todas partes su imájen, i solo descubre el olivo cuando puede mover apénas sus alas fatigadas. Nadie es hombre que no sepa enmascararse i lo saben ántes del bozo.

—Así es, me dijo Mercurio, los mortales no pretenden mas que parecer como les conviene. Que engañen, que trabajen en componer el exterior i descuiden el alma. Razon tienen, porque como Dios no mas ve el interior, i con Dios no tratan negocios, ni lo encuentran en las sociedades... Pero ahí será el diablo cuando mueran i se presenten a Mínos con sus globos de jabon.

—I entre los hipócritas, dije yo, odio particularmente a los que disfrazan la ignorancia, la pesadez i confusion de su espíritu con la gravedad. Sin duda que los que usan la virtud como una capa son los mas perversos; pero aquellos son los mas insubribles. Muévense como el sumo sacerdote de una tragedia; sus palabras caen como en el yunque el

martillo del herrero; finjen que nada los inmuta; no hai autoridad que los incline; su razon, como una poderosa máquina, no se mueve al parecer sino cuando tienen entera seguridad del buen éxito. Todo lo pesan, i lo dividen i como que lo examinan. I ménos los puedo sufrir porque tengo la imajiuacion algo viva i subo a saltos la escalera del discurso, i cuando digo: estoi arriba, preguntan: ¿Pisaste aquel tramo?—Nó.—¿Pues cómo puedes decir que estás arriba? No te precipites i escucha.

En esto llegamos a una espaciosa gruta.

—Aquí es, me dijo Mercurio.

Entramos. No describo el interior, porque me aconteció lo que al que se ve delante de algun hombre famoso al cual ánsia conocer, que en él fija la vista i no sabe del lugar. Digo, pues, que ahí estaba una mujer semejante a Minerva; pero es indecible la penetracion de su mirada, la serenidad de su frente i la fuerza tan majestuosa que reposaba en sus miembros. De toda ella dimanaba una claridad, que era respecto de la vista lo que respecto del olfato el aroma del nardo no muí próximo. Rodeábanla unos bultos negruzcos, informes, que de verlos me llené de angustia. Eso debió de sentir el romano cuando no halló las entrañas al animal del sacrificio. Pero es cierto que figuraban algo aunque de

mui vaga manera, porque, a mucho aguzar la vista, me pareció un bulto como un par de cuernos, otro una llave falsa, otro un puñal, otro un cráneo, otro una escala de cuerda.

—Esa es la Fortuna i aquellos los Cuidados, me dijo Mercurio.

—Lo creo, sin duda alguna, le repliqué; pero ¿i la rueda i la venda?

—¿No comprendes, me respondió, que son invenciones de los mortales? Aquí no se dice: al que le toque, sino al que le conviene.

I me llevó a los piés de la Fortuna.

Miróme ésta con modo apacible i benévolo i me dijo:

—¿Quiéres oir los deseos de tus hermanos?

I con el cetro empujó un lado de la caverna.

Al punto se abrió una ancha boca i dejóse oir por ella, un ruido confuso i lejano que vino a resolverse en palabras claras pero sin eco.

Decían así:—Oro, oro, oro.—Un novio rico.—Hermosura, hermosura. Sea yo Elena i ardan mil Troyas.—¡Oh, Fortuna! ¿Nunca se morirá mi tia i siempre he de vivir con sus riquezas en los labios? —¿Para qué sirve el oro sin la consideracion i respeto de los los hombres? Honores, Fortuna, honores.—¡Destino cruel! ¡Maldita estrella la mia! ¿He

de morir en la miseria, yo que trabajo sin descanso, mientras aquel holgazan nada en la abundancia?—La inmortalidad, i muérame de hambre.—Aquel necio gobernando la república i yo empleado en una oficina! ¿I habrá quien diga que no es ciega la Fortuna?—Honrado i pobre, vicioso i rico. Paciencia: algun día jirará la rueda.—¿Qué mas que yo merece aquel simplon que logró casarse con mujer rica?—Venga el oro i sufriré las desgracias que dicen que trae.

Cerró la pared, i volviéndose a mí la Fortuna, con semblante airado, me dijo:

—¿Oiste? ¿Ves a estos Ixiones enamorados de las nubes de la tarde i enjendrando en ellas los disformes monstruos del vicio? ¿I cuán insensatos! Por evitar la desgracia o no sufrirla, i correr tras los que llaman bienes i gozar de ellos sin que nada los inquiete ni los trabe, han imaginado cegar a la divinidad ántes que confesar vendada su razon. Para consolar desdichas ajenas, llénanse la boca con «la Providencia», i «Dios lo quiere», «Hemos de sufrir en en esta vida», «Aprovecha para tu alma», i, si las heridas son propias, yo sola no basto a las blasfemias, i finjen un destino fatal i aun influencias en los astros.

«Dios, mortal, no esparce los casos en el camino

de la vida para jugar con el hombre, sino que dispone los prósperos como provocante hermosura que arrastra el alma a lo vedado. I no es el único enemigo esta hermosura, que en el interior humano las pasiones le auxilian i corresponden. Aquella atrae; éstas empujan. La adversidad es el dragon de las consejas, centinela de tesoros, que siempre huyó ante un ánimo valiente. Para vencer en esta lucha fuiste creado, para obtener el cielo venciendo. I no hai otra arma que la fe, pues, ¿a qué hablar de ese soldado jactancioso, la razon, que, cuando duermen las pasiones, señorea i hace restallar al aire la voluntad como un látigo i, apénas le dirijen una mirada soñolienta, se turba toda i, a las primeras palabras, rinde la voluntad sin pedir mas que le den el nombre de señora?

Si los bienes del mundo no fueran creados para dicha del hombre, ¡por el Dios que está en el cielo! no gozará, aun cuando los tuviese todos en la mano. No pidas sino la fe. Al menor llamado acudirá con sus dos hermanas a anidarse en tu corazon. Así la mujer sumisa, que permanece retirada sin alejarse mucho, durante el mal humor de su marido, i está acechando una palabra cariñosa para correr a cobijarse bajo su barba. No practiques sino el bien. No te amedrentará la miseria, ni te hechizará el falso

brillo. Serás libre. Marcharás sobre las aguas sin que te hagan vacilar las hinchadas ondas, ni levante la tempestad un cabello de tu frente.»

APÉNDICE.

La Fortuna. Todo lo que acerca de ella se dice en el artículo, no es mitológico sino ficción del autor.

Eso debió de sentir el romano. No hallar las entrañas era agüero de terribles desgracias.

Ixion. Tomó a una nube por Juno i enjendró en ella a los Centauros.

EL VIAJE FANTÁSTICO.

EMILIO.

Sin saber de qué manera, me ví en un bosque. Como el que se encuentra en otro lugar, volviendo de un desmayo, que mira con asombro i duda su cuerpo i lo que le rodea, i luego, cerrados los ojos i puestas las manos en la frente, trabaja en recordar, así estaba cuando oí unos gritos lastimeros. Escuché el tiempo que pude sujetar la respiracion, cojí un palo i volé al socorro. Ciertos desalmados maltrataban a una mujer. Embisto. Me arrojaron un mar de papeles que casi me ahogó; pero pronto volvieron las espaldas al garrote i quedé solo con la desventurada.

Preguntéle quién era.

—Soi la Justicia, me respondió.

—¡La Justicia! exclamé, i sentí que fuese ella. Habria preferido una serrana

Fermosa, lozana

E bien colorada,

con quien enredar amores, para lo cual se prestaba

a maravilla la frescura i soledad del sitio, mi jenerosa conducta i el debido agradecimiento. No se habria reido de mí la muchacha.

¿De qué os reis, vida mia?

—Ríome del caballero

I de su gran cobardía,

¡Tener la niña en el campo,

I catarle cortesía!

—¡La Justicia! repetí. ¿I esos? Ladrones, sin duda.

—Abogados son, respondió la Justicia.

—¡Cómo! exclamé, ¿tus defensores?

—¡Mis defensores! De ayer pareces. De las partes son defensores i no míos. Oye, inexperto. El salteador de caminos, el que se alza con el depósito, el que odia a los buenos, catones parecen en comparacion de los abogados, porque me ultrajan a cara descubierta i no en mi honra, miéntras que éstos me revèrencian en público como a su dios i, una vez en la obra, viénense encima a falsearme la balanza, que es cometer la injusticia i cohonestarla.

—¡Miserables sin conciencia! exclamé.

—Tiénela mas ancha que nadie porque todo les cabe dentro, dijo la Justicia. Un abogado no obra

jamás contra su conciencia. ¿I sabes cómo? Si el pleito es de justicia natural únicamente, dicen que está ella sobre cuantos códigos se han escrito i que antes se dejarán matar que razguñarla. ¿Declaran los códigos en voz mui baja que sí i grita la equidad que nó? El abogado no tiene que ver con leyes naturales; las positivas son su estudio i a ellas no mas se reduce la justicia de la profesion. ¿I a dónde iríamos a parar con las otras vaguedades? ¿Ciérrales la puerta toda justicia? Sálense por los resquicios de que si es justo o no el pleito, es materia que resolverá el juez: para eso litigan. Descúbrese entónces mui oportunamente un artículo de cierta lei, que parece referirse con especialidad a este caso, i empieza el fuego. Los procuradores, secretarios, receptores i toda la inmundada caterva de los tribunales, afila las garras, i aquí es donde comienza el cliente: «¡Cómo diantres! ¿Tambien se paga por esto?»

«Mira, continuó la Justicia, si Dios consintiese en librar al mundo del cólera morbo, de los médicos o de cualquiera otra peste, por diez abogados que hubiesen sido justos toda la vida, quien sabe... quien sabe... I digo toda la vida, porque los hai que enriquecidos no me faltan, ni mas ni ménos que los viejos que, como ya la carne no los aguija,

vuélvense castos i gritan: ¡Corrupcion! ¡Escándalo! i, limpiándose la capa despues de un estornudo, sermonean sobre que la juventud de su tiempo era un jardin de azucenas.

«Vóime a buscar consuelo en mi hermana la Libertad. Ella mejor que nadie comprende mi desventura, porque tambien tiene sus abogados que son los liberales.»

Dicho esto desapareció.

Acabé de atravesar el bosque i llegué a una ciudad, donde determiné subir a las nubes.

Compré dos grandes vejigas i me eché a buscar un orador aclamado por el pueblo i un poeta. No me costó dar con ellos, porque abundaban en la ciudad. Rogué al orador que en una vejiga vaciase un breve i enérgico discurso sobre la libertad, la instruccion del pueblo, la civilizacion moderna o la cosa pública en jeneral. Accedió, gracias a una módica suma, i, a medida que hablaba, hinchábase la vejiga i tiraba a elevarse, como globo que llenan de humo. Pronto hubieron de ayudar a sujetarla unos hombres que previne al efecto. Cuando llegó a la mayor tension, mandé que le cerraran la boca i la atasen a un poste.

Al poeta le pedí que inflase la otra vejiga, con algunas de esas odas pindáricas, en cuya composi-

cion era extremado. Sonrióse con grandísima dignidad i nobleza, sacudió las crines i se recojió breve rato dentro de sí mismo. Hecho esto, arrebató la vejiga con ademanes de pitonisa, i no habian entrado seis versos cuando no fué menester mas. En punto ya mis alas, ordeno que me las aten al cuerpo i me apercibo de un paracaídas. Soltáronme i en ménos de un cuarto de hora llegé a las nubes. Aquí las vejigas perdieron su virtud.

Buen trecho caminé sin ver a nadie. Por fortuna llegué a Nefelecocigia cuando pensaba morirme de hambre i de cansancio. Tambien es cierto que fué olvido de loco emprender tal viaje sin provisiones. Entré a un parador i, cuando me sentí reposado i bien comido, me salí diestramente sin pagar i continué mi viaje.

Despues de mucho andar (i no sin peligros, porque frecuentemente tropezaba en las cimas de los montes pue se pierden en las nubes, i, en una hondonada, me clavó el pié la aguja de una catedral gótica), ví en una eminencia un edificio tan grande que parecia ciudad. Al momento me dió en los ojos su arquitectura inarmónica, recargada de adornos del mas desaforado mal gusto. En el costado que me daba frente, relumbraba una inscripcion en letras de oropel, que decia:

Lasciate ogni speranza, voi che entrate.

¿Colonia del infierno será ésta? pensé. No es posible. I no osaba entrar por lo que decia el letrado. Pero la curiosidad me arrastró a pesar mio, como lo suelen hacer los malos deseos en que estamos consintiendo, miéntras que con la boca i los ojos bien apretados, i moviendo con enerjía la cabeza, decimos: «Nó, nó. Es preciso combatir para salvar nuestra alma. No quiero igualarme a los brutos. Aprendamos a dominarnos. *Sub te erit appetitus tuus*. Dios no envia tentaciones mayores que nuestras fuerzas, dice San Pablo. Mira: placeres fugaces i despues el remordimiento i la vergüenza. ¡Léjos de aquí!» Hasta que, cansados de reflexionar i apretando el deseo, exclamamos: ¡eh, diantres! i nos damos rienda, i de paso discurrimos que lo malo estuvo en admitir el pensamiento, el cual enjendró el deseo i éste la obra, i la obra sabe Dios si enjendrará, i que lo mejor es cerrar las puertas al pensamiento, que será lo que haremos en adelante.

Entré receloso como el que teme una celada. De repente me cerró el paso un hombre que parecia de la edad de hierro por el aspecto selvático i feroz, i me dijo:

—Bien venido seas. ¿Qué jénero cultivas?

—¿Qué género? respondí; no lo entiendo.

—Qué género poético es lo que te pregunto: el épico, el dramático, el lírico, porque aquí nunca se ponen juntos a dos del mismo género: seria un eterno pelear por la primacía.

—¿Dónde estoi? dije espantado.

—¿Dónde has de estar, me contestó, sino en el templo de los que el mundo envidioso llama malos poetas?

En tres saltos me puse fuera i determiné bajar lo mas pronto, no fuese caso que me sorprendiera una partida ambulante de malos poetas. Desplegué el paracaidas i, soltando el aire de las vejigas, eché en ellas algunos granos de buen juicio de que siempre tengo provision. Las nubes no pudieron sostenerme i las atravesé.

Bajaba por los aires cuando diviso algunas fantasmas que hacian no sé qué cosas con increíble rapidez. Cuando estuve mas cerca, conocí que eran castillos; pero contruidos de materiales tan extraordinarios e inauditos, que de no haberme despabilado tres i cuatro veces los ojos, me creo con la pesadilla. Estos deben de ser los castillos en el aire, dije.

El mas próximo era fabricado de sillares de toda suerte de felicidades; la argamasa era de amor.

A la vista parecía un mosaico. Formaban los cimientos media docena de cartas i miles de juramentos de fidelidad, a mas de un pañuelo, un ramillete i algunas zarandajas. El fabricante sin cesar daba vueltas alrededor del castillo, i lo miraba de cerca i de léjos, ponía una cosa i quitaba otra, arreglaba i desarreglaba con tal facilidad i presteza, que aquí sí que venia bien lo de querer es poder. El pórtico le atraía las miradas mas que parte alguna, i a fe que tenía razon. Componíalo una sola pieza de deliquios de la noche del desposorio, i tales eran su pulidez i lucimiento que todo lo habria dado por que fuese mio. Con terribles ansias contemplaba el fabricante su pórtico, cuando asomaron por entre la argamasa unos como cuernecillos. Advirtióslos i se puso a considerarlos tristemente, i dijo: ¿Los habrá? Has por merecerlos i los habrá, le grité, que en esto Dios castiga i a palos.

Como no podia parar i solo habia atendido al castillo de felicidades, no alcancé a examinar los otros sino a darles una rápida ojeada. Aquí, sobre una candidatura de diputado al congreso, se alzaba un cast llo de riendas de gobierno primorosamente entretejidas. Allá, otro sobre dos negocitos comerciales i tenía un aspecto como de grandes bodegas. Este era el mas caprichoso, porque se llevaban las

paredes en un continuo alargarse i encojerse, como listas de goma elástica, lo cual provenia de que las paredes eran hechas de bonos, acciones i letras de cambio. I es lo bueno que, a cada movimiento del edificio, daba la fantasma un salto de gozo i se echaba gruesas sumas de dinero al bolsillo. Acullá reposaba un majestuoso templo en algunos pliegos de papel impreso. Remataba la cúpula una Fama de cuatro rostros con sendas trompetas que pregonaban un nombre. El resto del edificio era todo lenguas que, a cada sonar de las trompetas, gritaban con estrepitosa vocería: «¡Salve, oh ingenio sin segundo, asombro del universo, delicia del jénero humano! ¿Cuándo se vió intelijencia mas poderosa? ¿Cuándo mas excelso númen? ¿Qué mujer no se rendirá a tus voluptuosos caprichos?» La fantasma escuchaba con semblante afable i risueño, como dando a entender que, si bien merecia algo mas, aceptaba con gusto esas sinceras manifestaciones, ya que no cabia en los límites de la humana naturaleza hacerlas correspondientes al mérito.

Ocurrióme entónces soplar sobre la aérea poblacion algunos polvos de buen juicio, hecho lo cual, desapareció aquella fábrica, ménos unos castillos en que no habia reparado a causa de la distancia. Eran los mas grandes i soberbios de todos, i tenian por

cimiento nada mas que humo. Volví a soplar sobre ellos; ni vacilaron.

Era ya de noche cuando descendí a una vasta llanura. Las estrellas brillaban silenciosas; en la tierra todo era sombras. Como el enamorado que, al pasar debajo los balcones de su dueña, mira con avidez hacia arriba i no cuida de sus pasos, tal iba yo. I mi alma, gozándose en esa vaga claridad que vela el sueño de la naturaleza, se sosegó dulcemente i como que se concertaba con la celestial armonía. Luego fué dilatando poco a poco en el espacio sin límites i, al sentirse superior a tanta majestad i grandeza, me decia: «¿Podré morir?» ¡Cuán mezquino i miserable ví a este pobre cuerpo, mas arraigado al suelo que el peñasco cuya cresta únicamente aparece en la superficie! I yo pensaba: ¿qué será cuando contemple la Belleza eterna, absoluta, si así me absorbe esta belleza mudable i perecedera? Me acordé de mi poeta:

*Chiamavi il cielo e intorno vi si gira,
Mostrandovi le sue bellezze eterne,
E l' occhio vostro pure a terra mira.*

En esto tropiezo i caigo. Mi alma se recojió súbitamente. Luego al punto me levanté; pero lastimáronme unos guijarros de tal suerte, que a ménos

de seis pasos dí conmigo en tierra. Aquí fué el maldecir mi desatinado viaje, aquí el mesarme cabellos i barbas, aquí el preguntar para qué habian sido creados esos desiertos que jamas sonreian al sol. Quise verme las heridas que, al tiento, me parecian anchas i profundas; pero no me lo permitió la escasa luz de las estrellas. ¿I para qué sirven las estrellas? exclamé irritado. Todas las cambiara por un cabo de vela. Grité; pero solo respondió a mi voz un eco soñoliento.

Me consideré perdido. Nada me pareció mas apetecible que una populosa ciudad bien iluminada, con tres médicos i cirujanos en cada cuadra i abundantes boticas. ¿Qué música mas dulce que los gritos de los vendedores i el sonoro rumor de los carruajes? ¿Qué cielo mas hermoso que el blanco techo de mi pieza? ¡Oh tranquilas horas aquellas en que, tendido en mi sofá, dejaba que la imaginacion juguetease en torno de mi ángel, i lleno de timidez i estremeciéndome de amor, osaba descubrir su seno virjinal! I, acordándome de los sentimientos que habia levantado en mi alma el espectáculo del cielo, los encontré necios, ridículos, dignos de la primera inspiracion de un mal poeta.

Por el relente i la mucha sangre que perdía, me desmayé. Cuando volví estaba sano en mi lecho.

APÉNDICE.

Fermosa, lozana.—Versos de las Cánticas de serrana del Arcipreste de Hita.

¿De qué os reis, vida mia?—Versos del Romancero.

Nefelecocigia.—Ciudad en los aires, imagínala por Aristófanes en las Aves.

Chiamavi il cielo.—«El cielo os llama i rueda en torno vuestro mostrándoos su belleza eterna i, sin embargo, mirais al suelo.» Dante, Purg. C. 14.

LA LINTERNA DE MOMO.

EMILIO.

Desde que fuimos a la Fortuna, Mercurio i yo quedamos en estrecha amistad. Con frecuencia me iba a ver al campo donde trabajo; a la ciudad poco le gustaba venir. No era como Virjilio, Mentor i los otros guías todo gravedad i razon, sino mui buen compañero. Cuando estábamos alegres era como ver unos niños, cuando tristes nos dábamos al diantre, cuando serios dialogábamos platónicamente que era maravilla, si de diferentes ánimos el mas lijero divertia al otro.

Un dia tuve un desengaño. Fué de la rectitud de un hombre a quien miraba como la justicia misma. No me irritó el golpe por lo inesperado. La miseria humana me saltó a los ojos, amargóseme el alma, todo lo ví negro i me extremé en la melancolía. En la noche me senté al hogar i ahí abandoné el cuerpo en el sillon, colgada la cabeza, fija la mirada en la lumbre i caido en las manos el atizador. En esto entró Mercurio. Me vió así i, sin hablarme, se tumbó a la larga en un sofá.

—¡Oh, Mercurio! le dije. ¡Cómo arrancan los años a jirones la venda de la niñez! Entónces la condescendencia era signo cierto de bondad i la severidad lo era de un corazon empedernido. Las miradas no penetraban la pulida i brillante corteza de la ambicion, de la sensualidad i de la codicia, puntas del tridente infernal. La sensualidad, como que tiene la raiz en nuestro cuerpo, es la primera que aparece; pero, cuando comienza a rebullirse, el niño se desprecia a sí mismo i cree ser el único con el torpe movimiento i los vagos deseos. Así no dura mucho. Nace al mismo tiempo aquella maldita curiosidad que nos empuja tras del amigo corruptor, que aguja el ingenio en las malas lecturas i afina el oido en las conversaciones indiscretas, que concentra el alma en los ojos delante de cualquier espectáculo deshonesto.

«Para conservar la hermosura, las riquezas, la buena fama, todo lo que da consideracion en el mundo, no hubo Argos como el hombre. Cualquiera menoscabo es espina en la planta del pié. Para repararlo no se cuentan los peligros ni la muerte. I por la inocencia, ¿qué hace? Lo que hace es buscar ansioso el inmundo gusano que la seque, i es vergüenza si tan presto no lo halla. ¿Quién podrá decir: maldita Eva? A lo ménos ella quiso perder la

inocencia por ser igual a Dios; pero el hombre la pierde para hacerse mas bestia.

«El adolescente se considera hombre, no tanto porque le apunta la barba como porque le apuntan los vicios. Piensa que, en sabiendo lo que es el vicio, lo conocerá donde quiera. Sirvió en una intriga, enamoró a una muchacha, entró en dos negocios comerciales, asiste a reuniones, cometió el pecado, ¿qué mas? Dice que ya no lo engañan, que sabe lo que son los hombres, i apoyado en tal presuncion se da a la vela. ¡Cuántos escollos i corrientes no marcados en su mapa! Los primeros desengaños lo cojen como en una celada: se turba, se desorienta i ve con espanto que el vicio tiene mas de una máscara. Entónces toca con sus manos que no era exajeracion lo que habia oido de la perfidia i malicia del hombre, de la corrupcion de las costumbres, del mundo que se lo presentaban como un fantasma aterrador, cuando él lo veia tan amable que preguntaba con sonrisa: ¿Este es aquel mundo tan terrible, aquella hidra de venenosas miradas?

«Poco a poco la presunción cede el lugar a la experiencia, la gran conquista en el comercio humano, i de ella nace la serenidad, que protege a el alma como una triple muralla de bronce i la deja en el libre ejercicio de sus facultades.

—Cierto, cierto, me dijo Mercurio bostezando i estirándose de largo a largo en el sofá.

De pronto se encojió como el que se va a levantar de una silla i de un salto se puso a mi lado.

—Pasemos a otra cosa, me dijo, que te hará reir.

—No estoi para nada, le respondí sin moverme.

—Bien está, me replicó. ¿I mi caja? Héla aquí.

—¿Qué caja? ¿Trajiste alguna caja? le pregunté alzándome con toda la viveza de la curiosidad.

—Esta, me respondió. Es una linterna fabricada por Momo para divertir a los dioses.

—A la obra, Mercurio, no perdamos tiempo.

—Ya lo decia yo, me dijo con la sonrisa condescendiente del buen amigo.

Inmediatamente dispusimos la tela. Mercurio con la linterna se colocó a un lado, i yo frontero en el otro a cierta distancia. Apareció el círculo luminoso.

—¡Atencion! me gritó Mercurio.

Avanzó un bulto que, al principio, no comprendí; pero caí luego en lo que era. ¡Oh maravilla! Las figuras se movian, andaban, cambiaban la expresion del rostro, ni mas ni ménos que si fuesen vivas, i tanto que mas de una vez me levanté a tocar aquello i daba con la tela. Nunca ví ni me pude imaginar nada mas admirable i perfecto. El bulto

era la bestia del amor con una gualdrapa en que se veía bordado un cielo nocturno. Montábala un Amor coronado de rosas, i llevaba en la una mano el don de Cérés i en la otra una copa de vino. Multitud de Amorcillos circulaban a la bestia danzando i le arrojaban flores. El camino que recorría estaba sembrado de cándidos lirios i azucenas; pero donde pisaba se secaban al punto i, en su lugar, nacia tras ella un manto de verdura i de flores de color ardiente, como estela que presto se abre en anchísima extension. Por ahí se precipitaba tan copiosa i revuelta muchedumbre, como no la vió Jérjes en el Helesponto; mas, pisar i sumirse en el fango cubierto por lo verde i las flores, era todo uno. No hallo cómo expresar la repugnancia que me dieron esos hombres, llenos de un negro lodo cuya fetidez me parecia sentir, pálidos, ojerosos, de mirada i movimientos febriles. No los pude abarcar mucho rato, ántes mis ojos atraídos acá i allá se fatigaron, i por nada me desvanezco. Tal le acontece al que mira el disco de Newton cuando jira con mediana velocidad, de suerte que no se confundan los colores en el blanco; o esas telas de dibujo menudo, apretado i de vario color, que no ofrecen conjunto donde reposar la vista. La fijé, pues, en tales partes.

—Mercurio, le grité, ¿quiénes son aquellos que van como guiando, tan enfangados que parecen las inmundicias que van delante del agua cuando la sueltan en las cloacas?

—Son los reyes, me respondió desde su lugar, que se arrojaron a la sensualidad como a un río el que acaba de atravesar un desierto. Ahí van Césares, Enriques, Sardanapalos, Mesalinas, Cárlos, Semíramis, Cleopatras, Luisas i mil otros. Cuanto a las costumbres, son las monarquías llanuras pobladas de monos que miran a un hombre colocado en una altura.

¿I aquéllos que en medio de la corriente sobresalen como jinetes en una reunion de pueblo?

—Son los grandes escándalos: Fedra, Mirra, i casi todos los héroes i heroínas de dramas i novelas.

Ví a una niña que, algo separada, parecia mirar aquel movimiento sin explicárselo. Acércase a ella un jóven que le andaba a las vueltas. Le habla i la niña se sonrie con recato: sin duda que la alababa por hermosa. No seria mui puesto en razon lo que despues debió de pedirle el jóven, porque ella negó con la cabeza; pero él le dió entónces unos objetos mui brillantes que la niña recibió como que los apreciaba en nada i por mera condescendencia. Sin embargo, le noté mas amorosa blandura en el mirar.

Insistió el mozo, talvez en lo mismo de ántes. Los ademanes de la muchacha revelaron en la respuesta algo como: «No puedo dártelo; pero te lo diera. Quítamelo.» I así lo entendió de seguro el mancebo, porque siguió en las súplicas, la tomó de un brazo, i ella entre sí i nó lo acompañó de mui buena voluntad, i se fueron tras la bestia. Ya iban como corriendo. A poco el jóven la dejá. Viene otro i la toma sin preámbulos. De este modo fué alejándose mas i mas la desdichada hasta que desapareció en la turba.

Miraba a un grupo i no creía. ¡Eran personas tan serias, de tan respetables barbas, de exterior tan ordenado! ¡Mostraban tanto celo amonestando a los otros! Pero los mui hipócritas no me engañaron, que bien los ví que se adelantaban a muchos, como tal vez un hombre alto i de fuerzas atraviesa una compacta multitud.

Diéronme mucha risa unos infelices de quienes todos se burlaban, i andaban pisoteados, escabullendo el cuerpo como perros entre patas de caballos. Tenian en la frente aquellas prominencias de los sátiros. I era lo bueno que muchos se formaban tal condicion, porque uno ví a quien, junto con recibir tres talegos, se le hinchó la frente. Lo mismo le aconteció a otro que andaba mas distraído de lo

que debiera, i una mujer que tenia al lado parecia decirle que atendiese; pero como él no hacia caso, sucedió lo que digo.

De repente pasó todo aquello i quedó el círculo de luz blanca, como cuando sacan el vidrio de la linterna. Apareció, en seguida, un monstruo tan extravagante, que ni en un delirio me lo habria imaginado. Tenia cabeza de asno, i no la llevaba humilde como el animal, sino tan altiva que parecia tocar las estrellas con la punta de las orejas. Era el cuerpo de pavo real hinchado, grande en proporcion a la cabeza; la cola en rueda, i casi abria surcos con las alas. Las garras eran como de ave de rapiña; pero mucho mas corvas i poderosas. Del cuello le colgaba una cornucopia que vertia oro perenne.

El que, por ocasion de bautizo, matrimonio u otra solemnidad, ha visto cómo el pueblo se empuja i atropella por arrebatarse el dinero, créame que no ha visto nada, en comparacion del tumulto que cercaba al animal del oro. Pero ahí, excepto unos pocos que arrebatában con violencia i no eran los que más cojian, no se peleaba sino con el fraude i el engaño. El que mejor los urdia juntaba mas dinero. ¡Oh nuevo asombro! Conforme se enriquecian, ibanse unos transformando en monstruos pequeños

a semejanza del grande, con la cornucopia i el tumulto; otros corrian en dos direcciones diversas abrazados de sus talegos.

—¿A dónde van, Mercurio?

—Los unos, me respondió, a gastar el oro en la bestia; los otros a satisfacer su ambicion.

Cambió los vidrios Mercurio, i ví una pirámide que ofrecia el aspecto del árbol de pascua que acostumbra el europeo en Navidad, para fiesta de los niños; pero destroncado. Estos eran juguetes de mas valor: coronas, títulos, bandas, sillones del congreso, condecoraciones. Diríase que era un asalto, al considerar la furia con que los hombres pretendian subir la pirámide, para apoderarse de las joyas. ¡I qué encarnizamiento! Ni fieras. Como todos no podian obtenerlas ni uno solo era capaz, juntábase muchos i conquistaban la joya para uno de ellos. Este compartia los beneficios i los distribuia entre sus compañeros. Por cierto que se reservaba la mejor parte. Mui mas fácil era la tarea para los que traian dinero, pues, con sembrarlo, todos sin dilacion les formaban calle con grandes reverencias: ninguno osaba oponérseles.

Los demas vidrios de la linterna me mostraron escenas de la vida, en que aparecian patente la locura i vanidad del hombre; pero no recuerdo esas

escenas de una manera clara i distinta. Lo que primero habia visto me llevó a consideraciones tales que volvieron a mi ánimo la disposicion melancólica en que me encontró Mercurio. Miraba las figuras como el hombre que tiene fijos los ojos en un punto i el alma en mui diversa parte.

EL CASAMIENTO MÁJICO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL HIJO DEL REI BUENO.

Mui apesadumbrado estaba el Rei Bueno de considerar cuán pronto se extinguiría su descendencia. Sentíase ya viejo, pues contaba ciento veinte años, i no habia forma de decidir a su hijo único, el Príncipe Heredero, a que eligiera esposa.

Nació este Príncipe con el mas desatinado amor a todas las mujeres, de manera que siempre estaba por casarse con la última que veía.

En balde el Rei, con gran copia de razones, le manifestaba la extravagancia de su conducta; sus palabras impresionaban tanto al Príncipe, como a la mayoría de una Cámara los conmovedores discursos de la minoría.

Al Rei Bueno ya no le cupo la menor duda de que, en esta pasion de su hijo, andaria algun maligno encantador. Consultó a los adivinos mas famosos de sus estados; pero ninguno supo darle razon.

Extendióse en esos dias la noticia de que habia

llegado un mago eximio en el arte de adivinar. Era discípulo de Tirésias de Beocia, i practicó muchos años su arte en los oráculos de Delfos, Colofon i Dodona.

Referian de este mago revelaciones i profecías maravillosas.

Un enfermo de gravedad le consultó si moriria.

—¿Te cura médico? preguntó el mago.

—Nó, respondió el enfermo.

—Morirás, dijo el mago.

I, efectivamente, murió cincuenta i seis años despues.

Un abogado le consultó cómo haria para ganar un pleito.

—¿Obra con rectitud la parte contraria? preguntó el mago.

—Sí, respondió el abogado.

—Pues, sigue la línea angulosa, dijo el mago, que, en asuntos judiciales, es mas corta i segura que la recta.

I así lo hizo, i le fué bien.

Un bribon le consultó cómo haria para que no lo persiguieran por una estafa que proyectaba.

—¿Cuánto piensas estafar? preguntó el mago.

—Cien escudos de oro, contestó el bribon.

—Estafa cincuenta mil, dijo el mago; separa diez

mil para los encargados de perseguir los crímenes de oficio, otros diez mil para el estafado, advirtiéndole que si no le satisfacen i levanta la voz, no conseguirá ni medio escudo, i guárdate lo demas.

I así lo hizo i le fué bien.

Una doncella le consultó si se casaria con un joven a quien amaba i de quien era correspondida.

—¿Es rico? preguntó el mago.

—Sí, contestó la doncella, i yo tambien soi mui rica.

—¿Hai oposicion en las familias de uno i otro a este enlace? preguntó el mago.

—Al contrario, respondió la doncella, mucho les agrada.

—Segun eso, hija mia, dijo el mago, es probable que te cases, si Dios no pone inconveniente.

Luego que el Rei Bueno supo la llegada del mago, lo mandó llamar i le ordenó que examinara al Principe.

Tomó el mago la mano derecha de Su Alteza, observó prolijamente las líneas, levantó figura i dijo:

—Solo hai una mujer que puede fijar el corazon del Principe, i es la hija del Rei de la Isla Verde.

—¿Dónde está eso? preguntó el Rei Bueno en voz baja al Ministro de Relaciones Exteriores.

—¿La Isla Verde? dijo el Ministro. Aguarda: debe de decirlo mi Manual de Jeografia.

I lo sacó del bolsillo.

—No busquen, dijo el mago. Está la isla en tierra no explorada.

—En tal caso, dijo el Ministro, podremos nombrar una comision científica que acompañe a Su Alteza i, desde luego, me permito recomendar a Su Majestad para que formen la comision, a cuatro sobrinos mios, jóvenes mui aprovechados...

—Solo puede ir el Príncipe i nadie mas, dijo el mago. I para llegar a la Isla Verde, deberá primeramente caminar tres dias en direccion al oeste. Al cabo de ellos se encontrará en la sierra que habita el mago de la Cueva Negra. Este ha de darle un limon de tres pepas i le enseñará lo que debe hacer con él. No puedo revelar mas.

Retiróse el mago. El Príncipe permaneció un rato pensativo i despues le dijo resueltamente a su padre que queria partir sobre la marcha. Aprobó el Rei su determinacion, bien que con gran dolor de su parte, i ese mismo dia partió el Príncipe.

CAPÍTULO II.

DÉ LO QUE PASÓ ENTRE EL PRÍNCIPE I EL MAGO
DE LA CUEVA NEGRA.

Tres días i tres noches anduvo el Príncipe. Atravesó agrias cuestras, temerosos yermos, selvas vírgenes llenas de animales feroces, i desiertos i serranías que no terminaban nunca. Llegó, por fin, a una meseta, i desde ahí descubrió una cueva en el fondo de un precipicio. Con grandísimo trabajo i poniendo cien veces la vida en peligro, llegóse a ella i vió dentro a un viejo que dormía. No sin temor de irritarlo lo despertó; mas apenas el viejo vió al huésped, exclamó en alta voz i levantando los ojos i los brazos al cielo:

—¡Gracias a Dios! ¡Al fin llegaste! Noventa años hacia que te estaba esperando i ya comenzaba a impacientarme. I despáchate luego, porque me aguarda un individuo desde el día en que nací, i debe de estar con algun cuidado por la demora. Vaya, contéstame las tres preguntas para darte el limon.

—¿Qué tres preguntas? dijo el Príncipe sorprendido. No me han dicho nada.

—Yo no tengo que ver con eso; se le olvidaría

al otro mago, repuso el de la Cueva; i, mientras no respondas a los enigmas no te daré el limon.

—Déjate, mago, dijo el Príncipe, de pregunticas i de niñerías i daca el limon. Sé lo que son estos enigmas; nunca, ni por broma, he podido adivinar uno solo.

—Si tanto te empeñas dijo el mago..... Dame alguna cosa i veremos.

—¿Qué quieres? preguntó el Príncipe.

—Aunque esto sea faltar a mi deber, respondió el mago, te llevaré barato por ser a tí. Dame todo el dinero que andas trayendo; me encuentro mal en los negocios...

—Tómalo, dijo el Príncipe, i se lo dió.

Guardóselo el mago, i dándole el limon al Príncipe, le dijo:

—Camina dos dias hácia el oriente, pasados los cuales llegarás a un mar que te cerrará el paso. Sácale entónces la cáscara al limon i cómetelo si es tu gusto; pero conserva las tres únicas pepas que tiene. Arroja una de ellas al agua i dí: pepa, enséñame lo que debo hacer. Inmediatamente aparecerá un esquife sin remeros ni nadie que lo gobierne; embárcate en él sin temor, i toma tierra en la parte que se detenga. Es cuanto puedo decirte. Lo demás te lo manifestarán las pepas, interrogándolas de la

manera dicha. Ya me voi. Que te vaya bien. Pero, aguarda. Por si me preguntase el que me envió cómo contestaste las preguntas i para que no me coja a palabras, voi a decirte los enigmas con lo que tú debias contestar.

«Es el primero: ¿Cuál es la hembra del hombre?
I tú: la mujer.

—¡Qué novedad! dijo el Príncipe.

—El segundo, continuó el mago: ¿Cuál es la primera letra del alfabeto? I tú: la *a*.

—¿Son bromas éstas? preguntó el Príncipe fastidiado.

—El tercero: ¿cómo se llama esta fruta? I tú: limon.

—Mago salteador de caminos, mago ladron, mago infame, gritó el Príncipe ciego de cólera. ¡Vuélveme mi plata!

—No entiendo, dijo el mago. *¡Palopala lopalapa!*

I vino por los aires un palo de escoba, el mago se montó en él, i dejó al Príncipe considerando el magnífico panorama que se extendia a su vista.

Largo rato permaneció Su Alteza sin hallar en quien desfogar la cólera, hasta que tomó el partido de irse por el camino que le indicó el mago. Después de andar dos días llegó al mar, mondó el li-

mon, se comió la carne, guardó las pepas, arrojó una al agua, dijo las palabras, vino el esquife, se embarcó en él i despues de navegar cuatro dias, divisó una isla, a la cual enderezó el esquife.

CAPÍTULO III.

CÓMO LLEGÓ EL PRÍNCIPE HEREDERO A LA ISLA VERDE, I DEL CURIOSO AMOR QUE LE INSPIRÓ UNA MUCHACHA.

Atracó el esquife junto a unas escarpadas peñas, que mejor desembarcadero por ahí no se veia, i desapareció apénas hubo el Príncipe saltado a tierra. Trepó éste las rocas, i anduvo buena pieza despedazándose las manos i los zapatos (que es mucho mas importante), cuando, al revolver de un peñasco, ofrecióse a su vista un extenso valle tan vicioso i pintoresco, que con solo verlo dió el Príncipe por bien empleadas sus fatigas. Avanzó algunos pasos, pisando en la blanda alfombra de la yerba, i penetró en un bosquecillo de mirtos. Ahí vió en un claro a una muchacha cojiendo fresas, de extremado parecer i brios, frescota, colorada, de ojos vivos i negros, i de turjente seno, como dicen los pobres poetas, que siempre hablan de esto como hablaria

de un buen trozo de cordero asado un hambriento de tres dias.

I hé aquí que, al verla, se apoderó del Príncipe un amor como el que hace palpar la cabeza de los novelistas a dos centavos la entrega. Lo que primero hizo fué arrimarse al tronco de un árbol; apoyó la mejilla en la una mano, llevóse la otra al corazón, i así permaneció en éxtasis durante dos horas, que fué el tiempo que empleó la muchacha en cojer fresas. Así como ella terminó, púsose el canastillo en la cabeza i se retiraba tranquilamente, cuando el Príncipe, que la habia devorado cien veces con los ojos, los cuales le crecieron de un modo extraordinario en esta ocasion, creyó llegado el momento de declarar la inmensa hoguera que lo consumia, i acercándose lleno de temor respetuoso a la muchacha, le dijo con la voz mas dulce i melancólica que encontró en la garganta:

—¿Por qué huyes, hermosa niña?

—¿Qué me quiere usted? dijo la muchacha sin dar la menor muestra de esquivéz.

—¿Por qué huyes de mí? ¿Temes algo?

--Absolutamente nada.

--Haces bien, nada temas, dijo el Príncipe en tono dolorido. Soi un desdichado que arrastro mi peregrina existencia por el desierto oasis de los pla-

ceres mundanales. He apurado cien veces el cáliz de la amargura. ¡Cuán amargo era!.... Un ángel de inocencia i de candor me sostenia i me engañó.... ¡Oh! Aun recuerdo ese momento fatal, cuando la ví.... ¡Así pagaste mi amistad, fementida!.... ¡Así pagaste mi amor, mujer hechicera!.... Así.... Pero, ¡qué digo!.... Perdona, suave niña, perdona a un corazon desgarrado. Soi un loco, lo confieso, un pobre loco. Escucha. Era una hermosa tarde de primavera. Todo callaba a mi alrededor, ménos mi corazon. ¿Por qué la amas? me decia él. ¡Ah! No lo sé; pero la amaba. Sí, la amaba como solo saben amar los ángeles. Ella, ella, ella era todo mi ser, toda mi vida, toda mi existencia. Ya nada queda. Solo se extiende a mi vista un desierto horrible. Pero no me oyes, dulce niña. ¡Por piedad! Mira, seré tu hermano. Nos amaremos...

—Al fin i al cabo, ¿fresas son las que quiere? le dijo la muchacha.

—¡Fresas! exclamó el Príncipe con el sarcasmo de la impotencia. ¡Fresas! repitió con indecible amargura. No, no quiero fresas. Quiero ser tu amigo, tu hermano, i, como tal, te pido que enlacemos nuestras almas en un beso...

—¡Pscht! ¿Eso no mas?

—...En un beso único, i que se remonten hasta

el cielo i bajen a los profundos abismos, siempre enlazadas i siempre rebosando de amor.

El Príncipe calló un momento, i parecia que en su pecho se trababa horrible lucha. Despues continuó con finjida calma:

—Hermosa niña, tiende por un momento la vista a tu alrededor. Contempla cómo sonrie esa naturaleza bienhechora. El pajarillo canta en la enramada, el céfiro juguetea con las encinas i añosos robles, todo convida al amor. Amémonos, pues; olvidemos el pasado i sus sombrías realidades; abandonemos ese mundo engañoso que nos promete placeres sin fin. Ven, ven a mis brazos, deja que te...

I el Príncipe, arrastrado por su fatal sino, se precipitaba hácia la muchacha, cuando recibió en las espaldas tal golpe que lo hizo volar buen trecho ántes de caer. Resonó al mismo tiempo una estrepitosa carcajada, i el autor de ella i del golpe era un hombrecillo de seis metros i décímetros de alto.

—¡Miren al mocito, dijo el gigante. ¡Atreverse con mi mujer! ¿I qué te decia, hija?

—Me pedia fresas, contestó la muchacha con mal modo.

—¿Conque te pedia fresas? Por dicha, ahora he llegado al principio, que otras veces apenas si he

alcanzado a los postres. ¡A la casa luego! Ya le tomarás el olor al látigo.

CAPÍTULO IV.

DE LA PRUEBA QUE PASÓ EL PRÍNCIPE HEREDERO.

Después de un buen rato en que estuvo el Príncipe tendido sin movimiento, se levantó a medias i exclamó haciendo jestos de dolor:

—¡Qué bruto! Con poquito mas me quiebra el espinazo.

En esto vió que por ese lado venian tres hombres, cuyos piés eran mucho mayores que el resto del cuerpo, i cuando atravesaban algun espacio sin sombra, levantaban un pié i éste les servia de parasol.

Al pasar junto al Príncipe, les dijo éste admirado:

—Buenos dias, amigos. ¿Quiénes son ustedes?

—Somos ciápodos, le respondieron.

—¿Ciápodos? ¿I cómo dice Otésias de Gnido que ustedes habitan las riberas atlánticas?

—Efectivamente somos de allá, contestaron; pero hemos venido como embajadores a esta tierra. Adios.

I al volverse uno de los ciápodos pisó los callos a otro que estaba distraído a seis pasos de distancia, por lo cual se trabaron de palabras, i luego principiaron a darse de puntapiés. El tercer ciápodo, esperando que terminara el combate, se tendió de espaldas con las plantas vueltas al sol, proporcionándose de esta manera tanta sombra como si estuviera debajo de dos frondosos árboles. Terminado el combate se marcharon, dejando en el campo tres pedacitos de uña, grandes como concha de tortuga vieja.

Acordóse entónces el Príncipe de las pepas. Sacó la segunda i dijo: pepa, enséñame lo que debo hacer. I al punto apareció un enano.

--Aquí me tienes Príncipe, le dijo.

--¡Hola, hola! exclamó el Príncipe. Hombre, acércate un poco mas. Llévame al palacio del Rei de esta isla, pero ántes cúrame la espalda: no puedo moverme.

--No es nada, dijo el enano. Yo te la curaré.

I dicho i hecho. Se encaramó a las espaldas del Príncipe, se sentó ahí dos minutos, aplicó tres puntapiés a la parte machucada, i Su Alteza quedó tan bueno como ántes.

--Príncipe, dijo el enano, voi a llevarte a donde me pides. Pero no podrás llegar al palacio sin soportar una prueba terrible. Has de ir con los ojos

vendados; yo te guiaré con una soga a la manera de perro de ciego. Si la curiosidad te vence i te quitas la venda, todo lo perderás, i tengo orden de llevarte inmediatamente al palacio del Rei Bueno tu padre.

Vendóse los ojos el Príncipe i caminó guiado por el enano.

A poco andar, oyó una voz dulcísima que preguntaba:

—¿A quién llevas ahí, buen enanito?

—A un aficionado a las mujeres, respondió el enano.

—¡Ai! exclamó la voz. ¡I qué hermosos ojos debe de tener!

—No son feos, dijo el Príncipe. ¿Se los muestro, enano?

En esto principió la voz a cantar con ternura i voluptuosidad tan extremadas, que el Príncipe gritó:

—Enano, enanito de mi vida, ¿me quito la venda?

—Haz lo que te parezca, respondió el enano; pero ya sabes lo que te ha de suceder.

—¡Cuán hermosa será la dueña de esa voz! exclamaba el príncipe embelesado. ¡Qué garganta! Ya me parece que la veo.

I el Príncipe respiraba un ambiente perfumado, i oía que las voces a ratos cantaban mejor que ruiseñores i a ratos decían:—¡Qué blanco es tu brazo! ¡Qué labios de coral! ¡Qué hombros los tuyos! I luego despues se dirijian al enano:

—Buen enano, le decían, deja al Príncipe que juegue un instante con nosotras.

—Nó, nó, contestaba el enano. Está grandecito para andarse con tales juegos i es probable que se pase al otro lado.

—Enanito, decia el Príncipe, ¡si soi mui niño! ¡Me gusta tanto jugar! Déjame... ya me quito...

—Tú sabras, dijo el enano, i tiraba de la soga al príncipe; pero éste no tenia fuerzas para seguir adelante.

—Tontería, pensó el Príncipe. Lo mejor es descubrirse.

Hizo como que se iba a rascar la frente i se levantó con mucho disimulo la venda; pero todo fué mirar i volverse a cubrir inmediatamente. I fué por haber visto que los ruiseñores eran unas viejas arrugadas, sin dientes, sin pelo, con unos ojos i una nariz que mas vale callarse.

Al Príncipe medio se le revolvió el estómago, i le dijo al enano:

--Enano, enanito, ya me destapo... ya... ya...

Aprétame mas la venda para no caer en la tentacion, i vámonos luego, que ya no tengo fuerzas para resistir.

I las voces seguian cantando, i el Príncipe decia:
—Apresúrate, enanito, apartémonos de estos peligros.

Las voces se hicieron cada vez mas lejanas hasta que no se oyó nada.

—Príncipe, dijo entónces el enano con semblante mui malicioso i quitándole la venda, has soporado la prueba. Francamente no lo habria creido.

—¡Si supieras, enano, lo que he padecido! exclamó el Príncipe algo amoscado. Sobre todo cuando me resolví a alejarme la tercera i última vez, me parecia que dejaba el corazon. Hube de hacer un esfuerzo sobrehumano.

De pronto desapareció el enano, i el Príncipe, sin saber cómo ni en qué manera, se vió en una espaciosa sala, con todas las puertas cerradas. Recibia la luz por unas ventanas colocadas mui arriba en la pared, i no tenia mas muebles que dos sillas.

Entónces el Príncipe se acordó de la pepa que le quedaba. La sacó i dijo:

—Pepa, enséñame lo que debo hacer.

Al momento apareció un dragon que echaba fuego por las narices.

—Príncipe, le dijo, esta es la última prueba. Vendrá una mujer, estará un día en esta pieza acompañándote, i, si le dices la menor palabra, o le haces el menor jesto, o la tocas, aun cuando sea con la punta de los dedos, todo lo perderás i tengo órden de llevarte inmediatamente al palacio del Rei Bueno, tu padre.

CAPÍTULO V.

DE LO QUE CONVERSARON EL DRAGON I EL PRÍNCIPE, I CÓMO ÉSTE LE REFIRIÓ EL APÓLOGO DE LA ZORRA AMANTE DE LA LIBERTAD.

Despues de estas palabras, el dragon iba a retirarse; pero el Príncipe, que le encontró cara bondadosa, le dijo:

—Aguarda, buen dragon, esta sala es mui fria. ¿Quieres hacerme el favor de calentarla un rato?

—De mui buena gana lo haré, dijo el dragon, i se tendió en mitad de la sala.

El Príncipe acercó sin temor una de las sillas a las narices del monstruo, i, sentado en ella, principió a calentarse.

Pronto hicieron confianza, i el dragon, que era mui comunicativo, le contó que trabajaba en el

campo i tenia una siembrecita de maiz i trigo que prometia buena cosecha, i, como el tiempo amenazaba lluvia, le participó al Príncipe sus temores del gran daño que el agua causaria en las siembras. Pidióle noticias del precio que tenian dichos productos en su reino, i de la manera cómo sembraban i hacian la cosecha. Hablóle de si los agricultores estaban alguna vez acordes en la oportunidad de las lluvias, i le preguntó que cuál era el precio de arrendamiento de los fundos rústicos.

A todo contestó el Príncipe, i él a su vez, le interrogó sobre el gobierno que tenian en la isla, si existia entre ellos la libertad de cultos, sobre el impuesto aduanero, i si habia llegado a la isla la peste liberal, que hiere el corazon i la cabeza, i vuelve a los hombres

Callados como un papagayo borracho,
Prudentes como las mariposas,
Amigos de las luces como el buho,
Enemigos del oro como el rei Mídas i el agua
reja,

Confiados como el perro que roe un hueso,
Amantes de la humanidad como los vampiros,
médicos, sanguijuelas, abogados, procuradores —
sean o no de número, que, en tratándose de cobrar,
todos saben hacer grandes i buenos números i, agru-

pándolos, forman grandes i hermosas cantidades— notarios, receptores de todas cuantías, defensores públicos.....

Con tantos principios como el círculo,

Amantes de la libertad como la zorra, i es apólogo.

Constituyéronse las gallinas en república, i, en un lugar no frecuentado por las zorras, levantaron una ciudad.

Defendiéronla con fuertes murallas, i, en el interior, construyeron cómodos i espaciosos gallineros. Diéronse leyes, nombraron majistrados de entre los gallos mas ancianos, i de este modo vivian felices i tranquilas.

Una zorra de olfato maravilloso, vino de luengas tierras, mui creida de que la cosa era llegar i comer; mas, grande fué el desengaño cuando vió los elevados muros, i la vijilancia con que los guardaban.

Apénas los de la ciudad conocieron que andaba el enemigo a las vueltas, redoblaron la vijilancia, i bajo severísimas penas se prohibió a todos los habitantes el salir fuera de las murallas.

Pero un pollo jóven e inexperto, por echarla de guapo i de persona que no aguantaba leyes, burlando la vijilancia de los centinelas, salió, i todo fué verse fuera i caer en manos de la zorra. Pero ésta,

considerando que con comerse el pollo no avanzaba nada sino que lo que queria era entrar en la ciudad, disimuló los espantosos gritos del estómago, i llevó la presa a su cueva. El pollo creyó llegada la hora postrera; cerró los ojos, dedicó un último recuerdo a sus ancianos padres, a los hermanitos, a los amigos, a las tranquilas horas de la infancia pasadas en el gallinero doméstico, i esperó resignado la muerte; pero con grande admiracion oyó a la zorra que le dijo con cierto fondo de melancolía:

—Buen pollo, ¿por qué tienes miedo?

—Linda zorrita, encanto de mis ojos, contestó el pollo, pálido i temblando, dicen que tú nos comes; pero no puedo creer eso de tu bondad.

—¡Que yo los como! dijo la zorra con amargura. ¡Que yo los como! ¡Cuando todos mis esfuerzos no tienen mas objeto que la felicidad de ustedes! Porque son mui desgraciados, mísero pollo, mui desgraciados.

—¿Nosotros? No lo sabia, dijo el pollo.

—¡Ah! ¿No lo sabías? prosiguió la zorra. No lo extraño. Te has envilecido de tal modo que no sientes el peso de las cadenas que te oprimen. ¿No ves que esos gallos a quienes han dado la autoridad, solo tratan de vivir a costa del pueblo? ¿No ves cómo lo engañan, cómo se aprovechan de su ignorancia i

credulidad? Tú que vives con ellos no sabes las abominaciones que cometen; pero yo que ni siquiera los he visto, bien las conozco.

«¡Oh, la libertad, pollo mio! ¿Hai cosa mas bella que la libertad? Esos ciudadanos apegados a usos rancios, incompatibles con el progreso... ¡El progreso, pollo! ¡El progreso!... ¡La civilizacion, pollo! Atiende bien a estas cosas... Quieren hacerles creer que yo los devoro. ¡Si yo pudiera entrar a tu ciudad!... ¡Si yo pudiera darles leyes!... Anda, pollo, anda i quítales a tus conciudadanos esa venda que les impide conocer la verdad; muévelos a elejirme como jefe, ¡i verás qué hermosos dias!

Partió el pollo mui pensativo, le abrieron las puertas, i me lo llevaron derecho a la cárcel, con lo cual no le quedó duda de que estaba bajo la mas ignominiosa tiranía. Apénas fué puesto en libertad, comenzó a propagar secretamente las nuevas doctrinas. Siguiéronle luego muchos pollos amigos de novedades, que querian echarla de progresistas, i todos los que pensaban pescar algo revolviendo el rio. La faccion se aumentó considerablemente i se hizo mui atrevida. A los ciudadanos juiciosos i amigos del orden los llamaron retrógrados, i a los majistrados tiranos i enemigos de la libertad. I al oir esta palabra exclamaban los de la faccion:

—¡La libertad! ¿Hai cosa mas bella que la libertad?

Emisarios secretos fueron enviados a la zorra, i un buen dia le abrieron las puertas, i con gran bulla i algazara la pasearon por las calles a los gritos de ¡viva la libertad! viva la libertad! Condujéronla a la plaza pública i ahí ocupó la zorra una tribuna que le habian prevenido. La plaza estaba literalmente cubierta de aves. Ordenaron silencio los heraldos, i la zorra, despues de pasear una mirada satisfecha por la concurrencia i de lamerse tres veces el hocico, exclamó:

¡Necios! ¡Hai una cosa mas bella que la libertad, i es el comerlos a ustedes!

I así como el lobo no se cuida del número del ganado, así la zorra con las gallinas, i lanzándose de la tribuna hizo tal desparramo i comió de tal manera, que reventó.

CAPÍTULO VI.

DE LAS OTRAS COSAS QUE CONVERSARON EL PRÍNCIPE
I EL DRAGON, I CÓMO ÉSTE ESTORNUDÓ.

Preguntóle el Príncipe a su compañero que a cuánto ascendia la deuda pública.

—¿Deuda pública? dijo el dragon.

—¡Qué! ¿No tienen ustedes deuda pública?

—Primera vez que oigo semejante cosa.

—¡Cómo! ¿No estudian Economía Política? preguntó el Príncipe admirado.

—Nó, contestó el dragon tranquilamente. No conocemos mas economía que la que hace aumentar la hacienda.

—¡Uf! ¡Vaya con la jente atrasada! Pero, amigo, estará el erario mui pobre, no tendrán ustedes industrias...

—¿Que no tenemos industrias? dijo el dragon. Se conoce que estás recién llegado. I lo que es la hacienda pública se encuentra tan abastecida, que, desde tiempo inmemorial, le distribuyen al pueblo dinero para asistir a los espectáculos, como lo decretó Pericles entre los atenienses.

—¡Qué escándalo! exclamó el Príncipe.

—¿I esa Economía dice que los Estados deben tener deudas? preguntó el dragon.

—Poco a poco; la cuestion no es tan fácil que digamos, contestó el Príncipe. Ha sido mui debatida i gruesos volúmenes se han escrito sobre ella. Pero hai una opinion, resultado de muchas vijilias i de prolijas investigaciones, que va ganando terreno. No hai duda de que es algo exajerada; pero de

todos modos es la que mas se acerca a la verdad. Dice la tal opinion...

—Ya me parece que no voi a entender palabra, dijo el dragon haciéndose todo oídos.

--Dice la opinion, continuó el Príncipe, que los empréstitos son cosa buena i loable, cuando el dinero se emplea en gastos productivos; pero que si ha de disiparse locamente, los empréstitos deben evitarse a toda costa. I aun llegan los científicos hasta demostrar de una manera matemática, que el Estado que obra del último modo, se arruinará i no encontrará quien le preste un centavo.

—Parecen jente razonable esos economistas, dijo el dragon bostezando.

—¡Oh! Sí, dijo el Príncipe, rascándose la barba. Siempre que raciocinan de este modo.

Mientras tanto se habia disminuido el fuego del mónstruo, i el Príncipe, para avivar la llama, sacó la espada i escarbó las narices de su compañero.

Recayó despues la conversacion sobre las mujeres, i el Príncipe hizo algunas alusiones no nada honestas; pero no siguió adelante por haber observado que el dragon se ponía colorado i cómo que se turbaba, por lo cual conoció que era persona recatada i de poco mundo.

I el Príncipe tornó a escarbar las narices del

mónstruo por entretenerse, i tanto escarbó que el dragon no pudo reprimir un estornudo. Lanzó una llamarada enorme i cayó sobre el Príncipe una lluvia de brasas.

Al punto el buen dragon se levantó a socorrerlo; sacó, en seguida, un pañuelo de asbestos i se limpió las narices. Acompañó al Príncipe poco rato mas, i se retiró a sus ocupaciones.

CAPÍTULO VII.

DE LA ÚLTIMA I TERRIBLE PRUEBA DEL PRÍNCIPE HEREDERO.

Paseóse el Príncipe por la sala i dijo, rascándose la cabeza con solo un dedo, como lo acostumbraba César:

—Hum. ¿I quién me verá? Tarda mi compañera.

I acertó a mirar hácia arriba i vió un ojo descomunal que estaba en el techo como en una cara. I el ojo lo miraba sin pestañear.

—¡Hola! dijo el Príncipe. Parece que nos observan; pero no haré caso. ¡Vaya que tarda mi compañera!

De pronto vió sentada en una de las sillas a una doncella, que no podia ménos de serlo, hermosa

como jamás se lo soñó el Príncipe de mujer alguna.

Su Alteza quedó sin habla ante vision tan celestial. Despabilóse tres i cuatro veces los ojos, i todavía no les daba crédito. En tanto el ojo guiñaba como por modo de fisga, i el Príncipe al verlo se desesperó sobre manera, por acordarse de la prohibicion respecto a la doncella.

I ésta dijo:

—Príncipe, ¿por qué no te sientas? Conversaremos un rato.

Mirábala el Príncipe de soslayo sin atreverse a mas, i nació en su corazon un amor como nunca habia sentido. Bramaba por acercarse a ella; mas faltaba poco para pue terminara el dia i encontrar el remedio de su inconstancia.

Repitió sus súplicas la niña, i el Príncipe le volvió las espaldas i se echó a cantar a toda voz; pero le temblaba todo el cuerpo; ya creia perder la cabeza.

Rompió a llorar la doncella. Júzguese de los padecimientos de Su Alteza que nunca supo lo que era resistir a una mirada de mujer, i ahora lágrimas, ¡i por su causa!

Movíase como un leon en la jaula i daba tales suspiros que parecia absorber todo el aire del aposento.

Redobláronse las súplicas i las lágrimas. El Príncipe ya no pudo mas.

—¡Lléveselo todo el diablo! gritó, i abrió los brazos i corrió hácia la niña. Pero ántes de llegar a ella, se sintió un estremecimiento espantoso; desapareció la doncella i el Príncipe cayó sin sentido.

CAPÍTULO VIII.

DÓNDE SE LEVANTÓ EL PRÍNCIPE; I CÓMO UN JURISCONSULTO ROMANO ELUDIÓ LA LEI SOBRE EL CETRO.

Cuando el Príncipe recobró el conocimiento, se alzó en la sala mas espaciosa i magnífica que hubieran contemplado sus ojos. En el fondo estaba el Rei de la Isla Verde, debajo de un dosel de terciopelo recamado de oro, en un trono de oro, con traje de telas de lo mismo, sembrado de diamantes, perlas, záfiro i topacios. La corona era de joyas de inestimable precio, i el cetro de una sola piedra, cuyo color era cien veces mas hermoso que el de la esmeralda, i despedia luces de extraordinario brillo. I este cetro tenia su historia.

Una lei de la Isla ordenaba que el cetro solo podia ser de cristal. Un dia descubrieron una piedra

de las dimensiones de aquél, tan brillante, tan hermosa, de tanta riqueza, que el Rei a toda costa quiso usarla como cetro. Pero en balde se quebraba la cabeza para eludir la lei de una manera decente, hasta que se le ocurrió consultar a un jurisconsulto romano. Envió un dragon al pais del jurisconsulto para que se lo trajera, i así como llegé a la Isla, le presentó el caso, ofreciéndole, por supuesto, buenos escudos para aguzarle el ingenio. Echóse a reir el romano, i dijo: «Bagatela. Oigan ustedes. La piedra no tiene nombre; la llamaremos cristal verde. Ahora bien, la lei no especifica qué clase de cristal debe usarse en el cetro; por consiguiente, el Rei queda libre para escojer la clase que mas le agrade. I es todo.

«Donde sudé la gota gorda—*sudavi et alsi*—fué cuando tratamos de que se pudiera condenar a muerte a un ciudadano romano, lo cual era prohibido por la lei Papia Popea. Dejaron el negocio a mi cuidado, i, despues de mucho dar i cavar, lo arreglé satisfactoriamente de este modo: los ciudadanos condenados a muerte, pasaban *ipso facto* de libres a siervos, i ya no habia inconveniente para aplicarles la pena capital; pero, como no puede haber siervo sin amo, les dimos uno mui benigno i paternal que era la misma pena a que habian sido

condenados. ¿Qué te parece, buen Rei, la travesura? I de éstas tenemos muchas.

—¡Vaya que es hilar delgado! dijo el rei.

—¡Delgado!... ¡Delgado! fueron repitiendo como eco todos los cortesanos.

CAPÍTULO IX.

CÓMO SE CASÓ EL PRÍNCIPE CON LA HIJA DEL REI DE LA ISLA VERDE, I DE LA DOTE DE ELLA.

Al lado del Rei, pero en una grada mas abajo, estaba la doncella que acompañó al Príncipe; aun le brillaban algunas lágrimas en los ojos.

No me pararé a describir el trono de grandísima riqueza que ocupaba, ni las piedras preciosas que formaban la diadema, ni el maravilloso tejido del traje, ni los anillos, pendientes, collares i demas atavíos. A lo largo de la sala, formando calle, habia dos largas filas, i componian la una caballeros, i la otra damas de la corte, todos con el lujo i magnificencia que era de razon.

El Príncipe quedó embargado al ver todo esto; mas, apenas conoció a su compañera, solo tuvo ojos para ella, porque el pobre estaba sériamente enamorado, i sin reparar ni en el lugar ni en las personas, se dirigió resueltamente adonde estaba.

—Aguarda, le gritó el Rei, i se paró el Príncipe.

Cuando los cortesanos vieron que iba el Rei a hablar, levantaron la pierna derecha, lo cual entre ellos era señal de gran reverencia, i tan reverentes se mostraron las damas, que casi todas se cayeron de espaldas; felizmente los caballeros corrieron a prestarles auxilio.

—Príncipe, dijo el Rei, ¿has vencido las tres pruebas?

—Las dos primeras solas, respondió el Príncipe desconsolado i lloroso. La última me fué imposible.

—Pues precisamente, dijo el Rei, es la única que has cumplido i la que importaba cumplir. Porque el enigma te lo resolvió el mago de la Cueva Negra.....

—Ese mago es el ladron mas bellaco, interrumpió el Príncipe.

—Te descubriste cuando las viejas, i esta última prueba consistia en quebrantar lo ordenado, que, a no haberlo hecho, señal era de que mi hija (pues no era otra la doncella) no te habia inspirado el grado de amor necesario para curar la inconstancia de tu corazon. Levántate, hija mia, dale la mano al Príncipe, i vengan delante de mí.

Abrazólos el Rei mui tiernamente, i sin demora

hizo celebrar el matrimonio con pompa jamas vista ni oida.

Luego puso la dote de su hija a disposicion del Príncipe, i consistia en quinientos sacos de plata, doscientos de oro i ciento veinticinco de piedras preciosas. Esto en cuanto al dinero sonante i a las joyas; por lo que toca a objetos de arte i de curiosidad, comprendia la dote:

Una pùlga de oro, disminuida doscientas veces del tamaño natural i trabajada a martillo. Para verla con comodidad, la tenian guardada en una caja de ébano de diez metros de largo i dos de ancho.

Una estatua del Rei, formada del Monte Verde, que era el mayor de la Isla. La trabajó Estesicrate, el mismo que ofreció a Alejandro hacerle una estatua mui vistosa i duradera del monte Atos de Tracia; la cual tendria en la mano izquierda una ciudad de diez mil vecinos, i con la derecha derramaria el perenne caudal de un rio que desaguaria en el mar. Desechado el proyecto por Alejandro, pasó Estesicrate a ofrecerlo al Rei de la Isla Verde.

Un espejo, obra de Arquímedes, con el cual se podia incendiar de noche un objeto hasta dos leguas de distancia.

Una estatua de Memnon, perfeccionada. Cuando la herian los primeros rayos del sol, pronunciaba dis-

tintamente estas palabras: «Buenos dias». A la hora del meridiano: «¡Qué calor!». Al darle los posteriores rayos del sol: «Dios te guarde».

Cinco cántaros de las Danaides, rotos de tanto ir al agua.

Una redoma con dos rayos de luna, para lámpara de dormitorio.

Un ceñidor de Venus, bastante usado.

Un ojo propio con una viga de tres metros de largo, primorosamente labrada.

Tres vestidos para los dias calurosos, hechos de telaraña, teñida de diferentes colores.

El ojo de una llave, por el cual se veian cien cosas que no se podian contar.

Todos estos objetos los aceptó el Príncipe, menos la estatua del monte Verde, porque dijo que no le gustaba viajar con cosas pesadas.

Cuanto al dinero sonante, observó el Príncipe al Rei que su hija no lo habria menester i, previo su consentimiento, lo donó a los hospitales i establecimientos de beneficencia de la Isla Verde, accion que fué mui bien aplaudida por los periódicos.

Permitió ademas el Rei a su yerno, que se llevase un médico que sabia curar, de dos que tenia en sus Estados.

Al dia siguiente, el Rei lo envió a dejar a su pais

en un carro con caballos alados. Desmontáronse el Príncipe i su esposa en una aldea vecina de la capital, i enviaron aviso de su llegada.

CAPÍTULO X.

CÓMO ENTRÓ EL PRÍNCIPE A LA CAPITAL DE SU REINO; DE LOS FESTEJOS QUE LE HICIERON, I CÓMO EL REI BUENO CORONÓ LA FELICIDAD DE SU HIJO.

Al dia siguiente, el Príncipe i su esposa entraron a la ciudad. Los reyes los esperaban en palacio. Todas las corporaciones i sociedades enviaron comisiones que las representaran en la comitiva de Su Alteza. En la puerta por donde debia entrar, lo aguardaba el Intendente, quien leyó un discurso bastante malo que le habia escrito su secretario. Nadie, felizmente, oyó una sola palabra, por lo cual fué estrepitosamente aplaudido.

En todo el trayecto formaban carrera los regimientos militares, ménos en una extension de cinco cuadras, en que los suplian los alumnos de las escuelas públicas i de particulares, con sus estandartes e inspectores. En medio de esta carrera se elevaba un arco, el cual llevaba un letrero dorado que decia:

Al panadero de las inteliencias.

Al pié del arco estaba el Ministro de Instrucción Pública. Pronunció un discurso que le habia servido en veintitres ocasiones anteriores i que, por el uso, habia perdido bastante el brillo i lucidez primitiva. Comenzaba el Ministro diciendo que no estaba preparado i que, por tanto, no se esperaran de él grandes cosas, lo cual cumplió como hombre de conciencia. Habló largamente sobre los beneficios de la instruccion i resolvió de paso gran cantidad de problemas sociales. Terminó diciendo que la invencion de la imprenta era cosa mui grande, pensamiento atrevido que arrancó entusiastas aplausos.

Algunas cuerdas mas allá, se elevaba un arco de arroyo, rematado por una lira, i, entre el follaje, estaban distribuidas en gracioso descuido, muchas semibreves, mínimas, semínimas, corcheas, semicorcheas, fusas, semifusas, llaves de sol, do i fa; toda suerte de compases; pentagramas, papel e instrumentos de música. Junto al arco se alzaba un tablado i en él se veia a las alumnas del Conservatorio Nacional de Música, vestidas de blanco i con el director a la cabeza. Apenas llegó el Príncipe, entonces de comun acuerdo, a lo que parecia,

.....*Un himno jigante i extraño.*

Admiraron todos la facilidad i buena escuela de las muchachas para sacar la voz, pues no se les notaba esfuerzo alguno sino que abrian la boca en forma de O i en la garganta se habian dado cita todas las venas del cuerpo.

El himno fué primorosamente ejecutado, salvo que diez veces perdieron el compas i desafinaron cincuenta i cuatro. El Príncipe se dignó felicitar calorosamente al director por el adelanto de las alumnas, i, en breves palabras, lo alentó a no desmayar en la empresa de extender la educacion musical. El director le aseguró, tambien en breves palabras, que no desmayaria mientras le pagaran con regularidad el sueldo i, aprovechándose de la benevolencia del Príncipe, le pidio que se lo aumentara, pues de este modo cobraria grande aliento. Concedióselo inmediatamente el Príncipe i siguió adelante.

A poca distancia habia un arco de extraordinarias dimensiones, en cuya parte mas elevada se veia un Fénix naciendo entre las llamas, que es el emblema del jenio, i un poco mas abajo Apolo con las Nueve. Llevaba un letrado que decia:

Mæcenæ atavis edite regibus!

Al pié del arco, en una plataforma, aguardaban al Príncipe hasta ciento veinticinco poetas, divididos en varios grupos con sus respectivos estandartes.

Formaban el primer grupo los poetas románticos. De ellos solo veía el espectador larguísimas i enmarañadas melenas, ojos feroces, barbas como selva virgen i levitas herméticamente abrochadas hasta el cuello. Era el estandarte de terciopelo negro con lágrimas de plata, i, en el centro, bordada de realce, aparecía una tumba olvidada entre zarzales. En la lápida estaba representado un mochuelo i un puñal ensangrentado, al frente, una cruz de madera sin labrar, i a los lados un ciprés i un sauce lloron de cuyas ramas colgaba una arpa; al babilonio río arrastraba sus aguas a poca distancia. En último término se veía el sol que reflejaba sus postreros rayos en nubes de color ceniciento. Era cosa terrible.

Formaban el segundo grupo los poetas líricos. Estos tenían la frente mui despejada i los ojos levantados al cielo. Estaban en actitud de menear sabiamente el plectro. A ratos parecían inflamarse en súbito furor, i como que se elevaban del tablado. El estandarte figuraba un sol con facciones humanas, que sonreía amablemente a un jinete que se dirigía hácia él montado en el Pégaso, i el jinete llevaba en la diestra mano un haz de rayos i con la

siniestra señalaba el sol. Veíanse también algunos individuos que, a falta de Pégaso, se elevaban en globo e iban tranquilamente recostados en la barquilla.

Formaban el tercer grupo los enamorados de Filis i de Galatea, *lasciva puella*. Estos se contemplaban unos a otros con grande apacibilidad, inocencia i candor. Tenían olor a tomillo i yerba-buena. Representaba el estandarte un paisaje copiado del Poussino, i lo animaban en diversos términos:

Pan tocando la flauta de siete cañas.

Un sátiro persiguiendo a una ninfa.

Títiro recostado a la sombra de una frondosa haya, i lo rodeaban varias selvas mui atentas, a las cuales enseñaba a resonar con el nombre de Amarilis.

Daméatas i Menálcas contendiendo en la poesía delante de Palemon.

El Cíclope peinándose con un rastrillo. Tenía para la nereida Galatea, al lado derecho los cuatro ositos robados a sus montaraces madres, de que hace mención Teócrito; al lado izquierdo los dos ositos blancos, de que habla Ovidio; i sentado en las rodillas el osito velludo que le vió Dóris en el primer diálogo marino de Luciano.

El pastor Tirreno comiéndose con bastante apetito la fruta del cercado ajeno.

Dos pastores lamentándose dulcemente, mientras las selvas se tapaban los oídos.

Cuatro pastores vestidos de frac i con guantes blancos, que discurrían con injenuidad i sencillez sobre la idea de espacio.

Tres mil ovejas.

Cuarenta i siete cabras con sus cabritillos.

Un ciervo huyendo por puro gusto, porque nadie lo perseguía.

Una colmena de abejas hibleas.

Había además en el paisaje:

Un río de leche de cabra i un arroyo de miel de Himeto, cubiertos de moscas.

Abundancia de caramillos, zampoñas, cantaritos, avellanos, madroños, coronas de hiedra, de pámpanos, frutas silvestres.....

El cuarto grupo era el de los poetas satíricos. Se llevaban riendo, dándose unos a otros con el codo i guiñando el ojo. El estandarte representaba a un arquero apuntando al blanco, i las flechas no lo herían sino que pasaban a gran distancia. A espaldas del arquero, muchas personas de rostro airado llevaban gruesos garrotes i se disponían a darle una buena felpa.

El grupo que seguía era el de los poetas épicos, los cuales no hacían sino dormir i cabecear. Tenían

olor a enfermos de fiebre. En el estandarte aparecía un individuo dormido con un poema épico en las manos. Encima de la cabeza veíanse algunas nubes en las que estaban dibujadas, como que eran la pesadilla del dormido lector, batallas, mónstruos, gigantes, dioses que parecían hombres i hombres que parecían dioses, desafíos, viejos mui prudentes que pronunciaban interminables discursos, soporíferas descripciones de los relieves de puertas i de armaduras... Una trompa llenaba el resto del estandarte.

Formaban el sexto grupo los poetas metafísicos. Estos desdichados ya no tenían voz de puro quejarse de la mucha luz, i los unos tenían ojos de gato i los otros de mochuelo. Representaba el estandarte un eclipse total de sol.

Cuando el Príncipe vió esta fortaleza, cuyas descargas debía soportar, se apoderó de él un temblor convulsivo, perdió el color i comenzó a sudar arroyos. Sin embargo, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, inclinó la cabeza i esperó.

Rompieron el fuego con una oda en la cual el autor, refiriéndose probablemente a sus compañeros, decía por vía de introduccion i como cosa que nada tenía de particular, que el poeta era lo mas excelente que había en la tierra, la obra maestra de Dios.

A los ocho versos, el Príncipe temió seriamente caerse muerto, i, en términos mui corteses, suplicó a los poetas que lo dispensaran, porque se sentia mal i picó espuelas al caballo. Viendo esto los divinos hijos de Apolo, sacudieron las terribles melenas, dieron un ruido que hizo callar a todos los otros animales, i poseidos de la divinidad, comenzaron a un tiempo a recitar sus versos. Formóse con esto tal batahola, que muchas señoras creyeron que estallaba alguna revolucion i cerraron apresuradamente las puertas de sus casas.

El Príncipe no paró hasta llegar a palacio. El Rei i la Reina esperaban a sus hijos en un gabinete apartado, para entregarse sin testigos a todos los trasportes de ternura.

El Príncipe tomó de la mano a su esposa i penetraron en el gabinete... Pero tendamos un velo sobre esta escena conmovedora, imitando, aunque por opuesto término, a Polignoto, que cubrió el rostro de Andrómaca i de una de las hijas de Priamo en su cuadro de la Destruccion de Troya; i a Eurípides i a Timante que cubrieron la cabeza de Agamemnon en el sacrificio de Ifjenia.

En la noche hubo gran banquete. Reinó en él la mayor cordialidad i franqueza; se pronunciaron entusiastas brindis por los ministros de las potencias

extranjeras, i fué mui aplaudido el Enviado Extraordinario de una nacion con la cual poco faltaba para entrar en guerra. En el bríndis no cesó de hablar de la profunda sabiduría del Rei Bueno, i haciéndose varias veces eco de los sentimientos de su gobierno, manifestó que las simpatías, i el amor, i el aprecio, i la paz inquebrantable, i las dos naciones hermanas.....

El Rei Bueno tuvo la oportuna idea de morir de una conjestion cerebral en la misma noche, coronando así la felicidad de su hijo mui amado.

FIN.

